

GEORGE R. R.
MARTIN

DOMINIO DE DRAGONES



Lectulandia

Adelanto de Danza de dragones.

Cuando los sueños de justicia se tornan pesadillas sangrientas.

Daenerys decide interrumpir su periplo y establecerse en Meereen, con intención de reinar y evitar el rastro de dolor que ha dejado en conquistas anteriores. Pero no le resultará fácil, porque en vez de súbditos que reconozcan su justicia sólo consigue granjearse enemigos. No teme tanto a los que conoce, aquellos que de noche atentan contra sus soldados y libertos, como a quien, según la profecía, la traicionará por amor.

“Dominio de dragones” reúne tres capítulos que formarán parte de Danza de dragones, libro quinto de Canción de hielo y fuego. En este adelanto se nos presenta una Daenerys que madura como mujer y como reina. Como mujer, aprenderá el valor del honor y la traición; como reina, la soledad del trono y el sabor de la sangre derramada a causa de su poder indómito.

Ejemplar promocional gratuito Edición conmemorativa del Día del Libro (Diada de Sant Jordi) de 2006.

Lectulandia

George R.R. Martin

Dominio de dragones

ePUB v1.2

Halfinito 22.03.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Excerpt from A Feast for Crows*

Primera edición: abril del 2006

© 2005, George R.R. Martin

Traducción del inglés: © 2006, Cristina Macía

Año de publicación 2006

Tema: Fantasía

ISBN-10: 84-96208-41-9

ISBN-13: 978-84-96208-41-1

Depósito legal: B-13419-2006

Editorial: Gigamesh

Uno

Oyó al muerto que subía por las escaleras. Lo precedía el sonido lento y acompasado de las pisadas que resonaban entre las columnas violáceas del vestíbulo. Daenerys Targaryen lo aguardaba sentada en el banco de ébano que había designado como trono. Tenía los ojos cargados de sueño, y la melena de oro y plata, revuelta.

—No hace falta que veáis esto, Alteza —dijo Ser Barristan Selmy, Lord Comandante de la Guardia de la Reina.

—Ha muerto por mí.

Dany se apretó la piel de león contra el pecho. Debajo sólo llevaba una túnica de lino blanco que le llegaba hasta medio muslo. Cuando Missandei la despertó estaba soñando con una casa que tenía una puerta roja. No había tenido tiempo de vestirse.

—*khaleesi* —le susurró Irri—, no toquéis al muerto. Tocar a los muertos trae mala suerte.

—A no ser que los haya matado uno mismo. —Jhiqui era de constitución más corpulenta que Irri; tenía las caderas anchas y los pechos abundantes—. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Irri.

Dany no les prestó atención. En cuestión de caballos, los dothrakis no tenían rival, pero en otros temas podían llegar a ser completos idiotas. «Además, no son más que unas niñas.» Sus doncellas tenían su misma edad, en apariencia, mujeres adultas, con melena negra, piel cobriza y ojos rasgados, pero en el fondo no eran más que chiquillas. *khal* Drogo, que había sido su sol y estrellas, se las había regalado. La piel también era un regalo de Drogo: la cabeza y el cuero de un hrakkar, el león blanco del mar dothraki. Le quedaba demasiado grande y despedía olor a moho, pero la hacía sentir como si Drogo estuviera aún a su lado.

Gusano Gris fue el primero en llegar por las escaleras, con una tea en la mano. Tres púas remataban su casco de bronce. Lo seguían cuatro Inmaculados, que llevaban sobre los hombros al muerto. Los cascos de estos sólo lucían una púa, y tenían los rostros tan inexpresivos que parecían también repujados en bronce. Depositaron el cadáver a sus pies. Ser Barristan retiró la mortaja ensangrentada. Gusano Gris bajó la tea para que lo pudiera ver.

El rostro del muerto era suave y lampiño, aunque le habían rajado las mejillas casi de oreja a oreja. En vida había sido alto, con los ojos azules y la piel clara. «Debía de proceder de Lys o de la antigua Volantis; seguro que unos corsarios lo sacaron por la fuerza de algún barco y lo vendieron como esclavo en Astapor.» Las heridas que tenía eran innumerables.

—Alteza —empezó Ser Barristan—, en el callejón donde lo encontramos había una arpía dibujada en la pared de ladrillo... con su sangre... —Para entonces

Daenerys ya conocía toda la historia. Los Hijos de la Arpía asesinaban de noche, y dejaban su marca junto a cada muerto—. ¿Por qué estaba solo este hombre, Gusano Gris? ¿No tenía compañero? —Cuando los Inmaculados recorrían las calles de Meereen de noche iban siempre por parejas.

—Mi reina —respondió el capitán—, vuestro siervo Escudo Fornido no estaba de servicio anoche. Había ido a... cierto lugar... a beber y a buscar compañía.

—¿Qué quiere decir eso de «cierto lugar»?

—Una casa de placer, Alteza. —Bajo el casco de bronce rematado en punta, el rostro de Gusano Gris bien habría podido ser de piedra.

«Un burdel.» La mitad de sus libertos procedía de Yunkai, donde los Sabios Amos eran famosos por el entrenamiento que proporcionaban a los esclavos de cama. «El camino de los siete suspiros.» Los burdeles habían brotado como hongos por todo Meereen. «No saben hacer otra cosa. Tienen que sobrevivir.» La comida era cada día más cara, mientras que los placeres de la carne se abarataban. Sabía que en los barrios más pobres, entre las pirámides escalonadas de la nobleza esclavista de Meereen, había burdeles para satisfacer cualquier gusto erótico imaginable. «Pero...»

—¿Qué buscaba un eunuco en un burdel? —preguntó.

—Hasta aquellos que no tienen las partes del hombre pueden tener el corazón del hombre, Alteza —respondió Gusano Gris—. Uno ha averiguado que vuestro siervo Escudo Fornido tenía por costumbre pagar a las mujeres de los burdeles para que se tendieran a su lado y lo abrazaran.

«La sangre del dragón no llora.»

—Escudo Fornido —dijo con los ojos secos—. ¿Se llamaba así?

—Si a Su Alteza le place.

—Es un buen nombre. —Los Bondadosos Amos de Astapor no permitían que sus soldados esclavos tuvieran nada, ni siquiera nombres. Después de que los liberase, algunos Inmaculados habían vuelto a adoptar el nombre que les pusieron al nacer, otros habían elegido uno nuevo—. ¿Se sabe cuántos hombres atacaron a Escudo Fornido?

—Uno lo ignora. Muchos.

—Seis o más —intervino Ser Barristan—. Por el aspecto de las heridas, cayeron sobre él desde todos lados. Cuando lo encontraron no tenía la espada, sólo la vaina. Puede que lograra herir a alguno de los atacantes.

Dany rezó en silencio por que uno de ellos estuviera agonizando en aquel momento, sujetándose el vientre y retorciéndose de dolor.

—¿Por qué le han cortado así las mejillas?

—Graciosa majestad —dijo Gusano Gris—, los asesinos le habían metido a vuestro siervo Escudo Fornido los genitales de una cabra en la garganta. Uno se los quitó antes de traerlo aquí.

«No podían hacerle tragar sus propios genitales; los astapori se los cortaron de raíz.»

—Los Hijos son cada vez más osados —señaló Dany. Hasta aquel momento se habían limitado a atacar a libertos desarmados, emboscándolos en las calles desiertas o irrumpiendo en sus casas amparados por la noche para matarlos mientras dormían—. Es el primer soldado al que asesinan.

—El primero, pero no el último —le advirtió Ser Barristan.

«Sigo en guerra —comprendió Dany—, sólo que ahora me enfrento a sombras.» Había albergado la esperanza de descansar de tantas matanzas, de tener tiempo para la reconstrucción, para la curación. Se quitó la piel de león, se arrodilló junto al cadáver y le cerró los ojos sin hacer caso del gemido que se le escapó a Jhiqui.

—No olvidaremos a Escudo Fornido. Ordenad que lo laven y lo vistan para la batalla, y enterradlo con el casco, el escudo y las lanzas.

—Se hará como deseáis, Alteza —dijo Gusano Gris.

Dany se levantó.

—Enviad a una docena de hombres al Templo de las Gracias y preguntadles a las Gracias Azules si alguien ha ido a pedir que le curasen una herida de espada. Haced que corra la voz de que pagaré mucho oro por la espada de Escudo Fornido. Interrogad también a los carniceros y a los pastores; averiguad si alguien se ha dedicado últimamente capar cabras. —Si tenían suerte, algún cabrero asustado confesaría—. De ahora en adelante no quiero que ninguno de mis hombres vaya solo después del anochecer, tanto si está de servicio como si no.

—Unos obedecerán.

Dany se echó el pelo hacia atrás.

—Dad con esos cobardes; hacedlo por mí —ordenó con tono fiero—. Dad con ellos para que les demuestre a los Hijos de la Arpía lo que significa despertar al dragón.

Gusano Gris se inclinó para despedirse. Los Inmaculados volvieron a cubrir el cadáver con la mortaja, lo alzaron sobre sus hombros y lo sacaron de la estancia. Ser Barristan Selmy se quedó atrás. Tenía el pelo blanco, y arrugas profundas en las comisuras de los ojos color azul claro, pero mantenía la espalda erguida, y los años no le habían arrebatado la habilidad con las armas.

—Alteza —dijo—, mucho me temo que vuestros eunucos no están a la altura de las tareas que les encomendáis.

Dany se sentó en el banco y volvió a cubrirse los hombros con la piel de león.

—Los Inmaculados son mis guerreros más feroces.

—Si a Vuestra Alteza no le importa que se lo diga, son soldados, no guerreros. Los hicieron para el campo de batalla, para resistir hombro con hombro tras los escudos, con las lanzas apuntando hacia delante. El entrenamiento los enseña a

obedecer a la perfección, sin temer, sin pensar, sin dudar... no a desentrañar secretos ni a hacer preguntas.

—¿Serían más adecuados los caballeros?

Selmy estaba entrenando caballeros para que la sirvieran: enseñaba a los hijos de los esclavos a luchar con la lanza y la espada al estilo de Poniente... Pero ¿de qué servían las lanzas contra unos cobardes que se refugiaban entre las sombras para asesinar?

—Para esto no —reconoció el anciano—. Además, Su Alteza no tiene más caballeros que yo. Los muchachos tardarán años en estar preparados.

—¿Y a quién voy a utilizar si no es a los Inmaculados? Los dothrakis lo harían aún peor.

Su *khalasar* era reducido, lo componían sobre todo chiquillos y ancianos. Y los dothrakis luchaban a caballo. Los jinetes eran más útiles en el campo abierto y en las colinas que en las calles angostas y los callejones de la ciudad. Más allá de las murallas de ladrillos multicolores de Meereen, su autoridad era, en el mejor de los casos, débil. Miles de esclavos seguían afanándose en las vastas fincas de las colinas, donde cultivaban trigo y olivos, pastoreaban ovejas y cabras, y extraían sal y cobre de las minas. En los almacenes de Meereen seguía habiendo suministros de cereales, aceite, aceitunas, frutas secas y carne en salazón, pero las reservas eran cada vez más escasas, de manera que Dany había enviado su *khalasar* para que sojuzgara tierras más distantes, bajo el mando de sus tres jinetes de sangre, mientras que Ben Plumm el Moreno se había llevado hacia el sur a los Segundos Hijos para defenderse de las incursiones yunkias.

La misión más crucial se la había encomendado a Daario Naharis, el de la lengua de miel, con su diente de oro, su barbita hendida, su sonrisa traviesa bajo los bigotes morados. Más allá de las colinas orientales había una cadena de montañas de arenisca de cumbres redondeadas; después llegaba el paso Khyzai, y al otro lado estaba Lhazar. Si Daario conseguía convencer a los lhazareenos para reabrir las rutas comerciales sería posible que les llegaran cereales por el río o por las colinas, pero los hombres cordero no albergaban la menor simpatía hacia Meereen.

—Cuando los Cuervos de Tormenta vuelvan de Lhazar pensaré en ponerlos a patrullar las calles —le dijo a Ser Barristan—, pero hasta entonces sólo cuento con los Inmaculados.

Dany habría dado cualquier cosa por saber si Daario había llegado a Lhazar. «Daario no me fallará; pero, aunque me fallara, yo encontraría otra vía. Es lo que tienen que hacer las reinas: encontrar otra vía. Que no implique mandar arados al otro lado del río.» Hasta el hambre era preferible a cruzar el Skahazadhan con arados. Todo el mundo lo sabía.

—Vais a tener que perdonarme, ser —dijo—. Los peticionarios no tardarán en

estar ante las puertas. He de ponerme las orejas largas y convertirme otra vez en su reina. Llamad a Reznak y al Cabeza Afeitada; los recibiré en cuanto me vista.

Selmy hizo una reverencia.

—Como ordene Su Alteza.

La Gran Pirámide se alzaba hasta una altura de trescientas varas desde la enorme base cuadrada hasta la elevada cima donde estaban las estancias privadas de la reina, rodeadas de follaje verde y aromáticas albercas. Mientras el fresco amanecer azul se abría sobre la ciudad, Dany salió a la amplia terraza. Hacia el oeste, la luz arrancaba destellos de las cúpulas doradas del Templo de las Gracias y proyectaba sombras oscuras tras las pirámides escalonadas de los poderosos.

«En algunas de esas pirámides, los Hijos de la Arpía planean en este momento nuevos asesinatos —pensó—, y no puedo hacer nada para detenerlos.» *Viserion* percibió su desasosiego. El dragón blanco estaba enroscado a un peral, con la cabeza recostada en la cola. Cuando Dany pasó junto a él abrió los ojos, dos estanques de oro fundido. Sus cuernos también eran de oro, al igual que las escamas que le bajaban por el lomo desde la cabeza hasta la cola.

—Eres un perezoso —le dijo al tiempo que lo rascaba bajo la quijada. Las escamas estaban calientes, como una armadura que hubiera quedado demasiado tiempo al sol. «Los dragones son fuego hecho carne.» Lo había leído en uno de los libros que Ser Jorah le diera como regalo de bodas—. ¿Qué haces que no estás cazando con tus hermanos? ¿Es que te has peleado con *Drogon* otra vez?

En los últimos tiempos, sus dragones estaban cada vez más indómitos. *Rhaegal* le había lanzado una dentellada a Irri, y *Viserion* le había prendido fuego al *tokar* de Reznak durante la última visita del senescal.

«Los he tenido muy abandonados, pero ¿de dónde voy a sacar tiempo para ellos?»

Viserion sacudió la cola hacia un lado y golpeó el tronco del árbol con tal fuerza que una pera cayó de la rama y rodó hasta los pies de Dany. El dragón desplegó las alas y, en una mezcla de vuelo y salto, se posó en el pretil. «Está creciendo —pensó mientras el dragón remontaba el vuelo—. Igual que los otros dos. No tardarán en tener tamaño suficiente para soportar mi peso.» Entonces volaría, igual que había volado Aegon el Conquistador, alto, muy alto, hasta que Meereen fuera apenas una manchita que se pudiera ocultar con el pulgar.

Observó cómo *Viserion* ascendía en círculos cada vez más amplios hasta que se perdió de vista más allá de las aguas turbias del Skahazadhan. Entonces volvió Dany al interior de la pirámide, donde Irri y Jhiqui la esperaban para desenredarle los mechones de cabello y vestirla como correspondía a la reina de Meereen, con un *tokar* ghiscario.

El atuendo era engorroso: una tela larga y suelta que tenía que ponerse en torno a las caderas, bajo un brazo y por encima de un hombro, con los flecos colgantes

dispuestos en esmeradas capas. Si no se lo apretaba suficiente, se le caería; si se lo apretaba demasiado, se arrugaría y la haría tropezar. Incluso bien puesto el *tokar*, era imprescindible mantenerlo en su sitio con la mano izquierda. Caminar con un *tokar* obligaba a dar pasos cortos y remilgados, con un equilibrio exquisito, para no enredarse los pies con los pesados flecos. No era atuendo para nadie que tuviera que trabajar. El *tokar* era la vestimenta de los amos, señal de poder y riqueza.

Cuando se apoderó de Meereen, Dany quiso prohibir el *tokar*, pero el consejo la disuadió.

—La Madre de Dragones tiene que vestir el *tokar* o se granjeará el odio eterno de sus súbditos —le advirtió la Gracia Verde, Galazza Galare—. Con las prendas de lana de Poniente o con una túnica de encaje myriense, Su Esplendor será siempre una forastera entre nosotros, una extranjera grotesca, una bárbara conquistadora. La reina de Meereen tiene que ser una dama del Antiguo Ghis.

Ben Plumm el Moreno, el capitán de los Segundos Hijos, lo había expresado de manera más sucinta.

—Para ser el rey de los conejos hay que ponerse unas orejas largas.

Las orejas largas que utilizó aquel día eran de puro lino blanco, con un ribete de flecos rematados en borlas doradas. Con la ayuda de Jhiqui consiguió envolverse correctamente en el *tokar* al tercer intento. Irri le llevó la corona, forjada con la forma del dragón tricéfalo de su Casa. El cuerpo era de oro; las alas, de plata, y las tres cabezas, de marfil, ónice y jade. Antes de que terminara la jornada, su peso haría que Dany sintiera el cuello y los hombros rígidos y doloridos. «La corona no debe ser cómoda», había dicho uno de sus antepasados.

«Un Aegon, seguro, pero ¿cuál?»

Cinco Aegons habían gobernado los Siete Reinos de Poniente, y habría habido un sexto si los perros del Usurpador no hubieran asesinado al hijo de su hermano cuando no era más que un niño de pecho. «Si hubiera vivido, tal vez me habría casado con él. La edad de Aegon se aproximaba a la mía más que la de Viserys.» La madre de Dany apenas si la había concebido cuando Aegon y su hermana fueron asesinados. El padre de ambos había muerto antes, a manos del Usurpador, en el Tridente. Su otro hermano, Viserys, había muerto entre aullidos en Vaes Dothrak, con una corona de oro fundido en la cabeza. «Y si lo permito, también me matarán a mí. Los cuchillos que acabaron con mi Escudo Fornido me estaban buscando.»

No había olvidado a los niños esclavos que los Grandes Amos habían clavado a lo largo del camino de Yunkai. Los había contado: ciento sesenta y tres, un niño cada milla, clavados a los mojones con un brazo extendido para señalarle el camino.

Tras la caída de Meereen, Dany había empalado al mismo número de Grandes Amos. Enjambres de moscas los acosaron durante la lenta agonía, y el hedor tardó mucho en desaparecer de la plaza. Pero, en ciertas ocasiones, tenía la sensación de

que no había ido tan lejos como debería. El meereeno era un pueblo artero y testarudo, que se resistía a su voluntad a cada paso. Habían liberado a los esclavos, sí, pero sólo para volver a contratarlos como siervos con salarios tan escasos que la mayor parte de ellos no se podían pagar ni la comida. Los libertos que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para resultar útiles habían quedado en las calles, al igual que los enfermos y los tullidos. Y, aun así, los Grandes Amos se reunían en las cimas de sus pirámides para quejarse porque la reina dragón había llenado las calles de su noble ciudad de sucias hordas de mendigos, ladrones y prostitutas.

«Para reinar en Meereen tengo que ganarme a los meereenos, por mucho que los desprecie.»

—Ya estoy preparada —le dijo a Irri.

Reznak y Skahaz aguardaban ante las escaleras de mármol.

—Oh, gran reina —declamó Reznak mo Reznak—, hoy estáis tan radiante que me da miedo miraros.

El senescal vestía un *tokar* de seda marrón con flecos dorados. Era un hombre menudo, pringoso, que olía como si se bañara en perfume y hablaba un dialecto burdo del alto valyrio, muy corrompido y maltratado por el ronco gruñido ghiscari.

—Sois muy amable —respondió Dany en una versión más depurada del mismo idioma.

—Mi reina —gruñó Skahaz mo Kandaq, el de la cabeza afeitada. El cabello ghiscari era espeso y fuerte; durante mucho tiempo, la moda había impuesto que los hombres de las ciudades esclavistas se lo peinaran en forma de cuernos, de púas o de alas. Al rasurarse, Skahaz había dejado atrás al antiguo Meereen para aceptar el nuevo. Los otros Kandaq hicieron lo mismo tras las huellas de su ejemplo. Otros los imitaron, aunque Dany no habría sabido decir si fue por miedo, por moda o por ambición. Los llamaban *cabezas afeitadas*. Skahaz era el Cabeza Afeitada... y, para los Hijos de la Arpía y los de su calaña, era también el peor de los traidores—. Nos hemos enterado de lo del eunuco.

—Se llamaba Escudo Fornido.

—Si no se castiga a los asesinos, habrá muchos más crímenes.

Hasta con la cabeza rasurada, el rostro de Skahaz era repulsivo: ceño protuberante; ojos diminutos con gruesas ojeras; nariz grande llena de puntos negros; piel grasienta, más amarilla aún que la ambarina habitual en los ghiscari... Era un rostro burdo, brutal, airado. La única esperanza que le cabía a Dany era que fuera, además, un rostro sincero.

—¿Cómo puedo castigarlos si no sé quiénes son? —le replicó—. Decidme eso, bravo Skahaz.

—Enemigos no os faltan, Alteza. Desde vuestra terraza se ven sus pirámides.

Zhak, Hazkar, Ghazeen, Merreq, Loraq... Todas las antiguas familias de esclavistas. La familia Pahl es la peor. Ahora es una casa de mujeres, de mujeres viejas que quieren sangre. Las mujeres no olvidan. Las mujeres no perdonan.

«No —pensó Dany—, y los perros del Usurpador lo descubrirán cuando vuelva a Poniente.» Pero era verdad que la sangre se interponía entre ella y la casa de Pahl. Oznak zo Pahl había sido el héroe de Meereen hasta que Belwas el Fuerte lo mató. Su padre, comandante de la guardia de la ciudad, había muerto defendiendo las puertas cuando la Polla de Joso las hizo astillas. Su tío había sido uno de los ciento sesenta y tres de la plaza.

—¿Cuánto oro hemos ofrecido por cualquier información sobre los Hijos de la Arpía? —preguntó a Reznak.

—Cien honores, si a Su Esplendor le parece bien.

—Mil honores me parecería mejor. Encargaos.

—Vuestra Alteza no me ha pedido consejo —intervino Skahaz, el Cabeza Afeitada—, pero en mi opinión la sangre se paga con sangre. Elegid a un hombre de cada una de las familias que he nombrado y matadlo. La próxima vez que asesinen a uno de los vuestros, elegid a dos de cada casa importante y matadlos. No habrá un tercer crimen.

Reznak dejó escapar un gemido de horror.

—Nooo... No, bondadosa reina, tamaña crueldad desencadenaría la ira de los dioses. Daremos con los asesinos, os lo prometo, y entonces veréis cómo son gentuza de baja ralea, seguro.

El senescal era tan calvo como Skahaz, pero en su caso los culpables eran los dioses. «Si un solo cabello tuviera la insolencia de aparecer, se encontraría a mi barbero con la navaja lista», le había dicho cuando lo eligió. En algunas ocasiones, Dany se preguntaba si no sería mejor utilizar aquella navaja contra la garganta de Reznak. Le resultaba útil, pero no le gustaba en absoluto, y desde luego, no confiaba en él. No había olvidado a la *maegi* Mirri Maz Duur, que le había pagado su bondad asesinando a su sol y estrellas y a su hijo nonato.

Los Eternos le habían dicho que sufriría tres traiciones. La de la *maegi* había sido la primera; la de Ser Jorah, la segunda. «¿Quién será el tercero? ¿Reznak, el Cabeza Afeitado, Daario...? ¿O tal vez alguien de quien jamás sospecharía? ¿Ser Barristan, Gusano Gris, Missandei...?»

—Skahaz —le dijo al Cabeza Afeitado—, os agradezco vuestro consejo. Reznak, a ver qué conseguimos con mil honores.

Daenerys se sujetó el *tokar*, pasó ante ellos e inició el descenso por la amplia escalera de mármol. Sólo podía dar pasitos menudos; de lo contrario se enredaría con los flecos y caería rodando hasta el patio.

Missandei era la encargada de anunciarla. La pequeña escriba tenía una voz

dulce, potente.

—¡De rodillas todos para recibir a Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos y los rhoynar y los primeros hombres, *khaleesi* del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones! —declamó mientras Dany descendía poco a poco.

La sala estaba abarrotada. Los Inmaculados estaban firmes, con la espalda contra las columnas, escudos y lanzas en ristre, las púas de los cascos hacia arriba como una hilera de cuchillos. Los meereenos se habían agrupado bajo las cristaleras del lado este, una mezcolanza de cabezas rasuradas y peinados en forma de cuernos, manos o espirales. Los libertos de Dany estaban bien lejos de sus antiguos amos.

«Mientras no se mezclen, Meereen no conocerá la paz.»

—Levantaos.

Dany se acomodó en su banco. En la sala, todos se incorporaron. «Mira, al menos una cosa que hacen igual.»

Reznak mo Reznak tenía una lista. La tradición exigía que la reina empezara con el enviado astapori, un antiguo esclavo que se hacía llamar Lord Ghael, aunque nadie sabía de qué era señor.

Lord Ghael tenía los dientes negros y cariados, y el rostro amarillento y afilado de una comadreja. También tenía un regalo. Para ella.

—Cleon el Grande envía estas zapatillas como prueba de su amor hacia Daenerys de la Tormenta, la Madre de Dragones —anunció.

Irri tomó las zapatillas y se las puso a Dany. Eran de cuero laminado en oro, con adornos de perlas verdes de agua dulce. «¿Acaso cree el Rey Carnicero que conseguirá mi mano a cambio de un par de zapatillas?»

—Qué generoso es el rey Cleon —dijo—. Dadle las gracias por tan hermoso regalo.

«Hermoso, pero de la talla de una niña.» Dany tenía los pies pequeños, y aun así, las zapatillas le apretaban los dedos.

—Cleon el Grande estará satisfecho de que os hayan gustado —dijo Lord Ghael—. Su Magnificencia me ordena deciros que está preparado para defender a la Madre de Dragones de todos sus enemigos.

«Como me vuelva a proponer que me case con Cleon, le tiro una zapatilla a la cabeza», pensó Dany, pero por una vez, el enviado astapori no mencionó el matrimonio.

—Ha llegado la hora —dijo en cambio— de que Astapor y Meereen pongan fin al cruel dominio de los Sabios Amos de Yunkai, enemigos acérrimos de todos aquellos que viven en libertad. El Gran Cleon me ordena deciros que pronto atacará con sus nuevos Inmaculados.

«Sus nuevos Inmaculados son un chiste obsceno.»

—El rey Cleon haría mejor en cuidar de sus jardines y dejar que los yunkios se ocupen de los suyos. —No era que sintiera el menor cariño por Yunkai. Cada día que pasaba lamentaba más no haber tomado la Ciudad Amarilla después de derrotar a su ejército en el campo de batalla. Los Sabios Amos habían vuelto a capturar esclavos en cuanto se alejó de allí, y estaban muy ocupados recaudando impuestos, contratando mercenarios y pactando alianzas contra ella. Pero Cleon, autodenominado el Grande, no les iba a la zaga. El Rey Carnicero había reinstaurado la esclavitud en Astapor; el único cambio consistía en que los antiguos esclavos eran los amos, y los amos se habían convertido en sus esclavos. «Sigue siendo un carnicero; tiene las manos llenas de sangre»—. No soy más que una niña y desconozco el arte de la guerra —siguió—, pero se comenta que Astapor se muere de hambre. Que el rey Cleon alimente a su pueblo antes de llevarlo a la batalla.

Hizo un gesto con la mano, y Ghael se retiró.

—Magnificencia —entonó Reznak mo Reznak—, ¿queréis escuchar al noble Hizdahr zo Loraq?

«¿Otra vez?» Dany asintió, e Hizdahr dio unos pasos adelante; era un hombre alto, muy esbelto, con la piel ambarina impoluta. Hizo una reverencia en el mismo lugar donde no tanto antes yaciera muerto Escudo Fornido. «Necesito a este hombre», se tuvo que recordar Dany. Hizdahr era un comerciante adinerado que tenía muchos amigos, tanto en Meereen como al otro lado del mar. Había estado en Volantis, en Lys, en Kart; tenía parientes en Tolos y en Elyria; incluso se decía que contaba con ciertas influencias en el Nuevo Ghis, donde los yunkios estaban intentando suscitar la enemistad hacia Dany y su reinado.

Y era rico. Increíble, fabulosamente rico.

«Y será aún más rico si le concedo su petición.» Después de que Dany cerrara las arenas de combate de la ciudad, el valor de los títulos de propiedad de los reñideros había caído en picado. Hizdahr zo Loraq los había comprado sin titubeos, y en aquel momento, la mayor parte de las arenas de combate de Meereen le pertenecía.

El noble tenía el cabello peinado en forma de alas que le brotaban de las sienes; su cabeza parecía a punto de emprender el vuelo. El rostro alargado lo parecía aún más a causa de la barba rojinegra adornada con anillos de oro. Los flecos de su *tokar* morado eran de perlas y amatistas.

—Su Esplendor conocerá ya el motivo de mi presencia aquí.

—Sin duda —respondió ella—. El motivo es que no tenéis nada mejor que hacer aparte de molestarme. ¿Cuántas veces os he dicho que no?

—Cinco, Magnificencia.

—Con esta serán seis. No permitiré que vuelvan a abrirse las arenas de combate.

—Si su majestad tuviera la bondad de escuchar mis argumentos...

—Ya los he escuchado. Cinco veces. ¿O traéis argumentos nuevos?

—Los argumentos son viejos —reconoció Hizdahr—. Las palabras, en cambio, son nuevas. Os traigo palabras hermosas, corteses, más adecuadas para conmover a una reina.

—El fallo está en vuestra causa, no en vuestra cortesía. He escuchado tantas veces esos argumentos que yo misma podría defender el caso. ¿Queréis verlo? —Se inclinó hacia adelante—. Los reñideros forman parte de Meereen desde la fundación de la ciudad. Los combates tienen una naturaleza esencialmente religiosa: son un sacrificio de sangre a los dioses de Ghis. El arte mortal de Ghis no es una simple matanza, sino una exhibición de valor, fuerza y habilidad que complace sobremanera a los dioses. Los luchadores victoriosos reciben buenos alimentos, atenciones y homenajes; a los héroes caídos se los honra y recuerda. Si permitiera la reapertura de las arenas de combate, le demostraría al pueblo de Meereen que respeto sus costumbres y tradiciones.

Los reñideros son famosos en todo el mundo. Atraen comercio a Meereen y sirven para llenar las arcas de la ciudad con moneda procedente de los lugares más distantes de la tierra. Todo hombre tiene sed de sangre, y los reñideros contribuyen a saciarla. Así se consigue que Meereen sea un lugar más pacífico. Para los criminales condenados a morir en las arenas, los reñideros representan un juicio por combate, una última oportunidad de demostrar su inocencia. - Dany se echó el pelo hacia atrás—. Ya está. ¿Qué tal lo he hecho?

—Su Esplendor ha presentado el caso mucho mejor de lo que yo mismo lo habría hecho. Salta a la vista que sois tan elocuente como hermosa. Me habéis convencido.

Dany no pudo por menos que reírse.

—Excelente... pero a mí no.

—Magnificencia —le susurró al oído Reznak mo Reznak—, permitidme que os recuerde que, según la costumbre, a la ciudad le corresponde una décima parte de todos los beneficios que se generen en las arenas de combate, tras descontar los gastos. Es un impuesto. Se le podrían dar muchos usos nobles a ese dinero.

—Es posible —reconoció—, aunque si decidiéramos reabrir los reñideros deberíamos cobrar el diezmo antes de descontar gastos. No soy más que una niña y desconozco el arte del comercio, pero he tratado con Illyrio Mopatis y Xaro Xhoan Daxos lo suficiente para saber al menos eso. De todos modos, no importa. Hizdahr, si dominarais los ejércitos de igual que los argumentos podríais conquistar el mundo... pero la respuesta sigue siendo no. Por sexta vez.

El hombre hizo una reverencia tan pronunciada como la primera. Las perlas y las amatistas tintinearono suavemente contra el suelo de mármol. Hizdahr zo Loraq era, también, muy flexible.

—La reina ha hablado.

«Si no fuera por ese peinado tan estúpido sería atractivo.» Reznak y la Gracia

Verde habían estado insistiendo a Dany para que tomara como esposo a un noble meereeno, cosa que la reconciliaría con la ciudad. Si al final se veía obligada a transigir, valdría la pena tener en cuenta a Hizdahr zo Loraq. «Mucho mejor que Skahaz.» El Cabeza Afeitada le había ofrecido repudiar a su esposa para casarse con ella, pero la sola idea le provocaba escalofríos. Al menos Hizdahr sabía sonreír, pero cuando Dany trató de imaginarse cómo sería compartir con él la cama, estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Magnificencia —dijo Reznak tras consultar su lista—, el noble Grazdan zo Galare quiere dirigirse a vos. ¿Deseáis escucharlo?

—Será un placer —dijo Dany mientras contemplaba el brillo del oro y el lustre de las perlas verdes de las zapatillas de Cleon y hacía lo posible por no pensar en cómo le apretaban los dedos.

Ya le habían advertido que Grazdan era primo de la Gracia Verde, cuyo apoyo le estaba resultando de gran valor. La sacerdotisa era la voz de la paz, la aceptación y la obediencia a la autoridad legal. «Quiera lo que quiera su primo, lo escucharé con respeto.»

Resultó que lo que quería era oro. Dany se había negado a compensar a ninguno de los Grandes Amos por el precio de los esclavos que había liberado, pero los meereenos no dejaban de idear maneras de sacarle dinero. El noble Grazdan pertenecía a aquella categoría. Según le explicó, en otros tiempos había sido dueño de una esclava que era una tejedora maravillosa; los productos de su telar se valoraban enormemente, y no sólo en Meereen, sino también en el Nuevo Ghis, en Astapor y en Kart. Cuando la mujer envejeció, Grazdan compró media docena de chicas y le ordenó a la anciana que las instruyera en los secretos de su arte. La anciana ya había muerto, y las jóvenes, una vez libres, habían abierto un taller junto al puerto, donde vendían sus tejidos. Grazdan zo Galare quería que se le concediera un porcentaje de sus beneficios.

—Si tienen esa habilidad es gracias a mí —recalcó—. Yo las saqué del mercado de esclavos y las senté ante el telar.

Dany lo escuchó en silencio, con el rostro impenetrable.

—¿Cómo se llamaba la anciana tejedora? —le preguntó cuando hubo terminado.

—¿La esclava? —Grazdan cambió el peso de una pierna a la otra, con el ceño fruncido—. Creo que era... Elza, me parece. O Ella. Murió hace ya seis años. He tenido muchos esclavos, Alteza.

—Pongamos que se llamaba Elza. —Dany alzó una mano—. Este es nuestro veredicto: las chicas no tienen que daros nada. Fue Elza la que las enseñó a tejer, no vos. En cambio, vos les entregaréis a las chicas un telar nuevo, el mejor que se pueda comprar. Eso por haber olvidado el nombre de la anciana. Podéis retiraros.

Reznak habría llamado a continuación a otro *tokar*, pero Dany ordenó que en su

lugar llamara a uno de los libertos. A partir de aquel momento fue alternando entre antiguos amos y antiguos esclavos. La mayor parte de los asuntos que le planteaban tenían que ver con compensaciones e indemnizaciones. Tras la caída de Meereen, el saqueo había sido salvaje. Las pirámides escalonadas de los poderosos se habían librado de lo peor, pero en las zonas más humildes de la ciudad hubo una auténtica orgía de pillaje y asesinatos cuando los esclavos de la ciudad se alzaron y las hordas hambrientas que la habían seguido desde Yunkai y Astapor entraron como una avalancha por las puertas derribadas. Al final, sus Inmaculados habían restablecido el orden, pero el saqueo había dejado a su paso todo un rastro de problemas, y nadie sabía a ciencia cierta qué leyes seguían en vigor. Por tanto, iban a ver a la reina.

Se presentó ante ella una mujer adinerada cuyo esposo e hijos habían muerto defendiendo las murallas de la ciudad. Durante el saqueo, impulsada por el miedo, huyó al hogar de su hermano. Al regresar se encontró con que habían convertido su casa en un burdel, y las prostitutas se engalanaban con sus joyas y sus vestidos. Quería recuperar la casa y las joyas.

—Los vestidos se los pueden quedar —concedió.

Dany ordenó que le devolvieran las joyas, pero dictaminó que al huir había abandonado la casa y ya no tenía derecho a ella.

Un antiguo esclavo se presentó para acusar a cierto hombre de la familia Zhak. Se había casado hacía poco con una liberta que, antes de la caída de la ciudad, sirvió al noble para calentarle la cama. El noble la había desvirgado, la había utilizado a su gusto y la había dejado embarazada. Su nuevo marido quería que se castrara al noble por el delito de violación, y también una bolsa de oro como pago por criar al bastardo del noble como si fuera su propio hijo. Dany le concedió el oro, pero no la castración.

—Cuando se acostó con ella, vuestra esposa era de su propiedad; podía hacer lo que quisiera. Según la ley, no hubo ninguna violación.

Le resultó obvio que la decisión no lo dejaba satisfecho, pero si castraba a todos los hombres que alguna vez se habían acostado con una esclava, no tardaría en reinar sobre una ciudad de eunucos.

A continuación se adelantó un muchachito más joven que Dany, flaco y lleno de cicatrices, que vestía un *tokar* raído con flecos plateados que arrastraban por el suelo. Se le quebró la voz al contar cómo dos esclavos de la casa de su padre se habían rebelado la noche en que cayó la puerta. Uno asesinó a su padre, y el otro, a su hermano mayor. Ambos violaron a su madre antes de matarla también. El muchacho había conseguido huir con tan sólo una herida en la cara, pero uno de los asesinos seguía viviendo en la casa de su padre, y el otro se había alistado con los soldados de la reina y ahora era uno de los Hombres de la Madre. Quería que los ahorcaran a los dos.

«Reino en una ciudad edificada sobre polvo y muerte.» Dany no tuvo más

remedio que negarse. Había decretado un indulto general para todos los delitos cometidos durante el saqueo, y desde luego, no iba a castigar a un esclavo por alzarse contra sus amos.

Cuando se lo dijo, el muchacho se abalanzó hacia ella, pero se le enredaron los pies con el *tokar* y cayó de bruces sobre el suelo de mármol. Belwas el Fuerte se echó sobre él. El corpulento eunuco moreno lo levantó en vilo con una sola mano y lo sacudió como haría un mastín con una rata.

—Ya basta, Belwas —ordenó Dany—. Soltadlo. —Se volvió hacia el chico—. Conserva ese *tokar* como un tesoro, porque te ha salvado la vida. Si me hubieras puesto una mano encima, la habrías perdido. No eres más que un niño, así que olvidaré lo que ha sucedido hoy aquí. Te recomiendo que hagas lo mismo.

Pero al salir, el chico miró hacia atrás.

«La arpía tiene otro hijo», pensó Dany al verle los ojos.

Y así fue transcurriendo el día, a ratos tedioso y a ratos aterrador. Al mediodía, Daenerys sentía ya el peso de la corona en la cabeza, y la dureza del banco, bajo ella. Había tanta gente esperando sus veredictos que no hizo una pausa para comer, sino que envió a Jhiqui a la cocina para que le llevara una bandeja con pan, aceitunas, higos y queso. Fue comiendo a mordisquitos mientras escuchaba, y a ratos bebía de una copa de vino aguado. Los higos eran buenos, y las aceitunas, aún mejores, pero el vino le dejaba en la boca un regusto ácido y metálico. Las uvas pequeñas y amarillas de aquella zona producían una cosecha de escasa calidad.

«No tendremos comercio de vino», comprendió Dany al beberlo. Además, los Grandes Amos habían quemado los mejores viñedos junto con los olivos.

Por la tarde se presentó un escultor que le propuso sustituir la cabeza de la gran arpía de bronce de la Plaza de la Purificación por otra a imagen de Dany. Ella rechazó la sugerencia con tanta cortesía como pudo, aunque tuvo que disimular un escalofrío. En el Skahazadhan habían pescado una trucha de dimensiones sin precedentes, y los pescadores querían regalársela a la reina. No escatimó elogios para el pescado; recompensó a los pescadores con una buena bolsa de plata, e hizo enviar la trucha a las cocinas. Un calderero le había hecho una cota de brillantes anillas para que la vistiera en el combate. La aceptó con grandes muestras de gratitud; era una prenda muy hermosa, y el sol arrancaría bonitos destellos del cobre bruñido, pero si había una batalla de verdad preferiría ir enfundada en acero. Aquello lo sabía hasta una niña que desconocía el arte de la guerra.

Las zapatillas que le había regalado el Rey Carnicero le resultaban ya incómodas hasta extremos insoportables. Dany se las quitó y se sentó sobre un pie mientras mecía el otro. No era una pose nada regia, pero estaba harta de ser regia. La corona le había provocado dolor de cabeza, y se le habían entumecido las nalgas.

—Ser Barristan —comentó—, ya sé qué cualidad debe tener todo rey.

—¿Valor, Alteza?

—No —bromeó ella—, un culo de acero. Lo único que hago es pasarme el día sentada.

—Su Alteza carga con demasiadas obligaciones. Tendríais que permitir que vuestros consejeros os sustituyeran en estos asuntos.

—Consejeros me sobran; lo que necesito son cojines. —Dany se volvió hacia Reznak—. ¿Cuántos quedan?

—Veintitrés, si a Vuestra Magnificencia le parece bien. Con otras tantas reclamaciones. —El senescal consultó unos cuantos documentos—. Un ternero y tres cabras. Sin duda, el resto serán ovejas o corderos.

—Veintitrés —suspiró Dany—. Desde que empezamos a pagar a los pastores por los animales que perdían, mis dragones han desarrollado un apetito increíble. ¿Han aportado pruebas?

—Algunos traen huesos quemados.

—Los hombres encienden hogueras. Los hombres asan corderos. Unos huesos quemados no demuestran nada. Ben el Moreno dice que en las Colinas cercanas hay lobos de pelo rojo, y también chacales y perros salvajes. ¿Es que vamos a tener que pagar con plata todos los corderos que se descarrién entre Yunkai y el Skahazadhan?

—No, Magnificencia. —Reznak hizo una reverencia—. ¿Les ordeno a estos granujas que se marchen, o preferís que los haga azotar?

Daenerys cambió de postura en el banco. El ébano parecía cada vez más duro.

—Nadie debe tener miedo de acudir a mi presencia. Pagadles.

—Sin duda, algunas de las reclamaciones serían falsas, pero en su mayor parte eran genuinas. Sus dragones habían crecido demasiado para conformarse con ratas, gatos y perros, como hacían antes. «Cuanto más coman, más grandes se harán —le había advertido Ser Barristan—, y cuanto más grandes sean, más comerán.» *Drogon*, sobre todo, se alejaba mucho para cazar, y devoraba un cordero cada día. Pagadles lo que costaran los animales —le dijo a Reznak—, pero de ahora en adelante, los que tengan alguna reclamación tendrán que presentarse en el Templo de las Gracias y hacer un juramento sagrado ante los dioses de Ghis.

—Así se hará. —Reznak se volvió hacia los demandantes—. Su Magnificencia la Reina ha accedido a compensaros a todos por los animales que habéis perdido —les dijo en el idioma ghiscario—. Presentaos mañana ante mis factores y se os pagará en monedas o en especie, como elijáis.

Un silencio hosco recibió el anuncio. «Deberían estar más contentos —pensó Dany, molesta—. Tienen lo que habían venido a buscar. ¿Es que no hay manera de satisfacer a esta gente?»

Un hombre se quedó donde estaba mientras los demás iban saliendo. Era achaparrado, con el rostro curtido por la intemperie y ropas pobres, andrajosas.

Llevaba el hirsuto pelo rojinegro cortado como un casco sobre las orejas, y en una mano tenía una saca de tela. Permaneció con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo de mármol, como si hubiera olvidado dónde se encontraba. «¿Y este qué querrá?», se preguntó Dany con el ceño fruncido.

—¡Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los Rhoynar y los Primeros Hombres, *khaleesi* del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones! —declamó Missandei con su voz aguda, dulce.

Dany se levantó, y se le empezó a resbalar el *tokar*. Lo atrapó rápidamente y volvió a ponérselo en su sitio.

—Vos, el del saco —llamó—, ¿queríais audiencia? Podéis acercaros.

El hombre alzó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos como heridas abiertas. Dany vio por el rabillo del ojo cómo Ser Barristan se acercaba más a ella, una sombra blanca siempre a su lado. El hombre se acercó arrastrando los pies, un paso, luego otro, con la saca aferrada. «¿Estará borracho o enfermo?», se preguntó. Tenía tierra bajo las uñas amarillentas y agrietadas.

—¿Qué sucede? —preguntó imperiosa—. ¿Queréis exponernos algún agravio, alguna petición? ¿Qué deseáis?

El hombre se lamió nervioso los labios agrietados.

—He... he traído...

—¿Huesos? —le interrumpió con impaciencia—. ¿Huesos quemados?

Alzó la saca y derramó su contenido sobre el mármol.

Eran huesos, sí, huesos rotos y ennegrecidos. Los más largos estaban abiertos; les habían sacado la médula.

—Fue el negro —dijo el hombre en un gruñido ghiscario—. La sombra alada. Bajó del cielo y... y...

«No. —Dany se estremeció—. No, no, oh, no.»

—¿Acaso estáis sordo? —espetó Reznak mo Reznak al hombre—. ¿Es que no me habéis oído? Id mañana a ver a mis factores y os pagarán la oveja.

—Reznak —intervino Ser Barristan con voz tranquila—, contened la lengua y abrid los ojos. No son huesos de oveja.

«No —pensó Dany—. Esos huesos son de un niño.»

Dos

Los bailarines centelleaban al moverse; una película de aceite les cubría los cuerpos esbeltos y afeitados. Las antorchas encendidas volaban girando de mano en mano al ritmo de los tambores y el sonido de la flauta. Cada vez que dos antorchas se cruzaban en el aire, una chica desnuda saltaba entre ellas de una voltereta.

Todos los hombres eran de la misma estatura, con piernas largas y vientre liso, con los músculos tan definidos como si estuvieran esculpidos en piedra. Hasta sus rostros parecían iguales... cosa muy extraña, dado que uno tenía la piel oscura como el ébano; el segundo, blanca como la leche, y el tercero, brillante como el cobre bruñido.

«¿Pretende que me exciten?». Dany se acomodó entre los cojines de seda. Sus Inmaculados, apoyados contra las columnas, parecían estatuas, con los cascos rematados en púas y los rostros lampiños inexpresivos. A diferencia de los hombres que seguían íntegros. Reznak mo Reznak tenía la boca abierta; los labios le brillaban húmedos ante el espectáculo. Hizdahr zo Loraq le estaba comentando algo al hombre que tenía al lado, pero ni por un momento apartó los ojos de las bailarinas. El rostro feo y grasiento del Cabeza Afeitada era tan adusto como siempre, pero no se perdía detalle. Hasta la Gracia Verde parecía absorta. «Quizá sueña con sus tiempos de juventud, cuando vestía túnicas rojas en los jardines de las Gracias y recibía a desconocidos bajo la luz de la luna.»

En cambio era más difícil imaginar las ensoñaciones de su invitado de honor. El hombre de rostro blanco y afilado que compartía con ella la mesa principal estaba radiante con su túnica morada bordada con hilo de oro, la cabeza calva brillaba a la luz de las antorchas mientras se comía un higo a mordiscos menudos, precisos, elegantes. En la nariz de Xaro Xhoan Daxos centelleaban los ópalos cada vez que giraba la cabeza para seguir los movimientos de los bailarines.

En su honor, Daenerys se había puesto un vestido qarthense, un depurado diseño de brocado violeta cuyo corte le dejaba al descubierto el pecho izquierdo. La cabellera de oro y plata le caía sobre el hombro y le llegaba casi hasta el pezón. La mitad de los presentes en la sala la habían mirado a hurtadillas. Xaro no. «En Qarth era igual.» Por ese camino no podría dominar al príncipe mercader. «Pero tengo que dominarlo, como sea.» Había llegado de Qarth en la galeaza *Nube Sedosa*, con una escolta de treinta galeras. Su flota era la respuesta a una plegaria. El comercio de Meereen se había reducido hasta desaparecer desde que ella pusiera fin a la esclavitud, pero Xaro tenía el poder necesario para devolverlo a la vida.

Los tambores sonaron con más fuerza, y tres de las chicas saltaron sobre las llamas girando en el aire. Los danzarines las cogieron por la cintura. Dany observó con atención cómo las mujeres arqueaban la espalda y enroscaban las piernas en

torno a sus compañeros mientras las flautas plañían. Sentía el rostro acalorado. «Es por el vino», se dijo. Se dio cuenta de que estaba pensando en Daario, en su diente de oro, su bigote morado, su barba hendida. Si cerraba los ojos lo veía de pie ante ella, con las fuertes manos apoyadas en los puños del *arakh* y el estilete a juego. Las empuñaduras eran de oro forjado y tenían la forma de mujeres desnudas. El día de su partida, mientras Dany se despedía de él, se había dedicado a pasar las yemas de los pulgares por toda su superficie, una vez, y otra, y otra. «Estoy celosa del puño de una espada —comprendió ella mientras se sonrojaba—, celosa de mujeres de oro.» Sabía que acertaba al enviarlo a los Hombres Cordero. Daenerys Targaryen era la reina, y Daario Naharis no tenía madera de rey.

El humo remoloneaba entre las columnas violáceas. Los danzarines se arrodillaron con la cabeza gacha, a la espera de que la reina les diera venia para levantarse.

—Habéis estado espléndidos —les dijo Dany—. Pocas veces había presenciado una elegancia semejante. —Hizo un gesto a Reznak mo Reznak, y el senescal se apresuró a acudir a su lado. Tenía el arrugado cráneo perlado de sudor—. Acompañad a nuestros amigos a los baños para que se refresquen, y aseguraos de que no les falta comida ni bebida.

—Será un honor para mí, Magnificencia.

Daenerys tenía la garganta seca. Le tendió la copa a Irri para que se la volviera a llenar. El vino era dulce y fuerte, con el aroma de las especias orientales, mucho mejor que los aguados caldos ghiscarios que había estado bebiendo en los últimos tiempos. Xaro estudió con atención el frutero que le ofrecía Jhiqui, y seleccionó un caqui. La piel anaranjada de la fruta hacía juego con el coral con que se adornaba la nariz. Le dio un mordisco y frunció los labios.

—Está áspero.

—¿Tal vez mi señor preferiría algo más dulce?

—La dulzura empalaga. La fruta áspera y las mujeres ásperas son lo que le da sabor a la vida. —Xaro le dio otro mordisco, masticó y tragó—. Daenerys, mi bella reina, no hay palabras para describir el placer que siento al estar de nuevo en vuestra presencia. —Sonrió—. De Qarth partió una niña, tan hermosa como extraviada. Entonces temí que aquel barco la llevara hacia su perdición, pero ahora la veo aquí, en su trono, señora de una antigua ciudad, con un poderoso ejército que ha nacido de sus sueños.

«No —pensó ella—, ha nacido de la sangre y del fuego.»

—No me habéis encontrado, Xaro. Habéis venido a mí, y me alegro. Es un placer volver a veros, amigo mío.

«No confío en vos, pero os necesito. Necesito a vuestros Trece; necesito vuestro comercio.»

Durante siglos, Meereen y sus ciudades hermanas, Yunkai y Astapor, habían sido los ejes del tráfico de esclavos, el lugar donde los *khals* dothrakis y los corsarios de las islas del Basilisco vendían a sus prisioneros al resto del mundo, que acudía allí a comprarlos. Poco podía ofrecer Meereen a los comerciantes si no había esclavos. El cobre abundaba en las colinas de Ghis, pero ya no era tan valioso como en los tiempos en que el bronce gobernaba el mundo. Los cedros que otrora crecieran a lo largo de la costa ya no existían; cayeron bajo las hachas del Antiguo Imperio o fueron consumidos por el fuego de dragón cuando Ghis se enfrentó en guerra a Valyria. Desaparecidos los árboles, la tierra se abrasó bajo el sol ardiente, y el viento la dispersó en espesas nubes rojizas.

—Esas calamidades fueron las que transformaron a mi pueblo en esclavista —le había dicho Galazza Galare en el Templo de las Gracias.

«Y yo soy la calamidad que transformará a estos esclavistas en un pueblo», se juró Dany.

—Es cierto, he venido a buscaros —dijo Xaro con tono lánguido—. Hasta la lejana Qarth me han llegado ciertos rumores que me inspiran temor. Al oírlos no pude contener las lágrimas. Se dice que ciertos señores de esta ciudad han prometido gloria, riquezas y un centenar de esclavas vírgenes al hombre que os mate.

—Los Hijos de la Arpía. —«¿Cómo lo sabe?»—. Por las noches hacen pintadas en las paredes y degüellan a libertos honrados mientras duermen. Cuando sale el sol se esconden como cucarachas. —Cuatro Inmaculados más habían muerto después de Escudo Fornido, así como casi cuarenta libertos—. Tendría motivos para temer a los Hijos si me encontraran por las calles, pero sólo si fuera de noche y yo estuviera desnuda y desarmada. Son unos cobardes.

—El cuchillo de un cobarde puede matar a una reina tan fácilmente como el de un héroe —dijo Xaro—. Dormiría más tranquilo si supiera que la delicia de mi corazón tenía cerca a sus feroces señores de los caballos. Cuando estabais en Qarth había tres de ellos que nunca os perdían de vista.

—Mis jinetes de sangre. Aggo, Jhoqo y Rakharo.

—¿Y os parece buena idea haber enviado lejos a vuestras mejores espadas?

Era una pregunta curiosa viniendo de alguien cuyos barcos surcaban el mundo desde Poniente hasta Asshai. «Está jugando conmigo.» Pero Dany también sabía jugar.

—Cierto es que no soy más que una niña y que desconozco estas cosas —replicó—, pero hombres de más edad y sabiduría me han dicho que, para controlar Meereen, tengo que controlar las tierras adyacentes, todo lo que va desde el oeste de Lhazar hasta el sur de las colinas yunkias.

—Esas tierras no tienen valor para mí. Vuestra persona, sí. Si algo malo os sucediera, este mundo perdería su sabor.

—Mi señor es muy bondadoso al preocuparse tanto, pero estoy bien defendida. — Dany hizo un gesto hacia la alcoba envuelta en sombras, donde Barristan Selmy aguardaba con una mano sobre el puño de la espada—. Lo llaman Barristan el Bravo. Dos veces ya me ha salvado de asesinos.

Xaro echo un vistazo desinteresado a Selmy.

—¿Barristan el Viejo, decís que se llama? Vuestro caballero oso era más joven, y os amaba con devoción.

«No se le escapa nada; no se le olvida nada.» Dany frunció el ceño.

—No quiero hablar de Jorah Mormont.

—Por supuesto. Era un hombre burdo y peludo. —El príncipe mercader se inclinó sobre la mesa para rozarle los dedos—.

Hablemos pues de amor... de sueños y deseo, y de Daenerys, la mujer más hermosa de este mundo. Vuestra mera visión me embriaga.

Dany conocía bien la exagerada obsequiosidad de Qarth.

—Si estáis embriagado, echadle la culpa al vino.

—Ningún vino me nubla la visión tanto como vuestra belleza. Mi mansión me parece desierta como una tumba desde la partida de Daenerys, y todos los placeres de la Reina de las Ciudades me saben a ceniza.

«Escapé de tu ciudad porque temía por mi vida.»

—Era hora de partir. En Qarth no me querían.

—¿Quién? ¿Los Sangrepura? Les corre agua por las venas. ¿Los Especieros? Tienen leche cortada en vez de cerebro. Y los Eternos están muertos. Tendríais que haberme aceptado como esposo. Creo recordar que pedí vuestra mano. Que incluso os llegué a suplicar.

—Sólo medio centenar de veces —bromeó Dany—. Os rendísteis demasiado pronto, mi señor. Porque tengo que casarme; en eso está de acuerdo todo el mundo. La Gracia Verde dice que Meereen me aceptaría mejor como reina si Hizdahr fuera mi rey. Skahaz comparte su opinión, pero dice que me case con él. Cleon de Astapor me envía regalo tras regalo. Hasta mis doncellas quieren casarme.

—Una *khaleesi* debe tener un *khal* —señaló Irri al tiempo que volvía a llenarle la copa a su reina—. Lo sabe todo el mundo.

—¿Os lo propondría de nuevo? —se preguntó Xaro—. No, esa sonrisa la conozco bien. Reina cruel es aquella que juega con el corazón de los hombres. Los humildes mercaderes como yo no somos más que guijarros bajo vuestras sandalias enjoradas.

Una lágrima solitaria le corrió por la mejilla blanca.

Dany lo conocía demasiado bien para conmoverse. Los qarthenses eran capaces de derramar lágrimas a voluntad.

—Venga ya, dejadlo. —Cogió una cereza del cuenco de la mesa y se la tiró a la nariz—. Puede que sea una niña, pero no soy tan tonta como para casarme con un

hombre que encuentra más seductora una fuente de fruta que mi pecho desnudo. Ya he visto en qué bailarines os fijabais.

Xaro se secó la lágrima.

—Supongo que en los mismos que Su Alteza. Ya veis: somos muy parecidos. Si no me queréis tomar como esposo, me daré por satisfecho con ser vuestro esclavo.

—No quiero esclavos. Os libero.

La nariz enjoyada era un blanco de lo más tentador. En aquella ocasión, Dany le tiró un albaricoque. Xaro lo atrapó en el aire y le dio un mordisco.

—¿Cuándo comenzó esta locura? ¿Tendría que alegrarme de que no liberarais a mis esclavos cuando erais mi invitada en Qarth?

«Entonces no era más que una mendiga, y tú eras Xaro de los Trece —pensó Dany—. Y a ti lo único que te interesaba eran mis dragones.»

—Tratabais bien a vuestros esclavos; parecían satisfechos. —Ya no se sentía juguetona—. No se me abrieron los ojos hasta que llegué a Astapor. ¿Sabéis cómo hacen a los Inmaculados, cómo los entrenan?

—Con crueldad, seguro. Cuando un herrero fabrica una espada mete la hoja en el fuego, la golpea con un martillo y la introduce en agua helada para temprar el acero. Para obtener el sabor dulce de la fruta hay que regar el árbol.

—Este árbol lo han regado con sangre.

Xaro señaló al Inmaculado que tenía más próximo.

—¿Y de qué otra manera se puede hacer un soldado? Su Esplendor ha disfrutado con mis bailarines. ¿Os sorprendería saber que todos son esclavos, criados y entrenados en Yunkai? Han estado bailando desde que aprendieron a caminar. ¿Cómo si no se puede obtener tal perfección? —Tomó un trago de vino y le dio vueltas en la boca—. También son expertos en todas las artes del sexo. Había pensado en regalárselos a Su Alteza.

—Sí, por favor. —Dany no se sorprendió en absoluto—. Los liberaré.

El hombre acusó el golpe con una mueca.

—¿Y qué harían con la libertad? Tanto os daría regalarle una cota de mallas a un pez. Están hechos para bailar.

—¿Quién los ha hecho? ¿Sus amos? Tal vez vuestros bailarines preferirían ser albañiles, panaderos o granjeros. ¿Se lo habéis preguntado?

—Y tal vez vuestros elefantes preferirían ser ruiseñores. Las noches de Meereen estarían pobladas de barritos y no de trinos dulces; vuestros árboles se doblarían bajo el peso de enormes pájaros grises. —Xaro suspiró—. Daenerys, delicia mía, bajo esos pechos dulces y jóvenes late un corazón tierno... pero aceptad el consejo de una cabeza más vieja y más sabia. Las cosas no siempre son lo que parecen. Las cosas que parecen malas a veces son buenas. Pensad en la lluvia.

—¿La lluvia?

«¿Me toma por idiota o cree que soy una niña?» —Maldecimos la lluvia cuando nos cae encima, pero sin ella nos moriríamos de hambre. Hace falta lluvia en el mundo... igual que hacen falta esclavos. No, no pongáis esa cara; es verdad. La prueba la tenéis en Qarth. En cuestión de arte, medicina, música, magia, comercio... En todo lo que hace que los hombres estén por encima de las bestias, Qarth sobresale del resto de la humanidad, igual que vos estáis por encima de todos en la cúspide de esta pirámide... pero abajo, en vez de sobre ladrillos, la grandeza de la Reina de las Ciudades reposa sobre los hombros de los esclavos. Pensadlo bien, mi amada del corazón: si todos los hombres tienen que escarbar en el barro para buscar comida, ¿habrá alguno capaz de alzar los ojos para contemplar las estrellas? Si todos tenemos que rompernos el lomo para construir una choza, ¿quién edificará los templos, para mayor gloria de los dioses? Para que unos hombres sean grandes otros deben ser esclavos.

Era demasiado elocuente para ella. Dany no tenía otra respuesta que la rabia que sentía en el estómago.

—La esclavitud no es lo mismo que la lluvia —replicó—. Me ha llovido encima y me han vendido. No es lo mismo. Ninguna persona puede ser propiedad de otra.

Xaro se encogió de hombros con gesto lánguido.

—Da la casualidad de que, cuando desembarqué en vuestra hermosa ciudad, tropecé casualmente con un hombre en la orilla del río, un hombre que en cierta ocasión estuvo en mi casa como invitado, un comerciante que trataba con especias raras y vinos selectos. Estaba desnudo de cintura para arriba, enrojecido por el sol, despellejado; parecía que cavaba un agujero.

—No, no era un agujero. Era una zanja, para traer agua con que regar los sembradíos. Hemos pensado sembrar legumbres. Los plantíos de legumbres requieren agua.

—Qué amable por parte de mi viejo amigo ofrecerse a cavar zanjas. Y qué raro, conociéndolo. ¿O será que no se le permitió elegir? No, cómo va a ser eso. En Meereen no hay esclavos.

Dany se sonrojó.

—A vuestro amigo se le paga con comida y alojamiento. No le puedo devolver sus riquezas. En Meereen hacen más falta legumbres que especias raras, y las legumbres requieren agua.

—¿También pondréis a mis bailarines a cavar zanjas? Mi dulce reina, cuando mi amigo me vio se puso de rodillas y me suplicó que lo comprara como esclavo y me lo llevara a Qarth.

Se sintió como si la hubiera abofeteado.

—Pues compradlo.

—Si eso os complace... Al él lo complacería, eso seguro. —Le puso una mano en

el brazo—. Estas son verdades que sólo os contará un amigo. Cuando llegasteis a Qarth como mendiga, os ayudé, y ahora he atravesado muchas leguas y mares tormentosos para ofreceros mi ayuda de nuevo.

Dany sentía la calidez de sus dedos.

«En Qarth también era cálido —recordó—, hasta que llegó el día en que dejé de serle útil.»

—Decidme qué queréis.

Xaro recorrió la estancia con la mirada.

—Aquí hay demasiados ojos, demasiados oídos. ¿No hay ningún otro sitio donde podamos hablar con franqueza?

Dany se puso en pie.

—Venid.

Lo guió entre las columnas, pasando entre dos Inmaculados, hacia los anchos peldaños de mármol que llevaban a sus habitaciones privadas, en la cúspide de la pirámide.

—Oh, mujer bella entre las bellas —dijo Xaro cuando empezaron a subir—, oigo el sonido de pisadas a nuestras espaldas.

Alguien nos sigue.

Dany se volvió para mirar.

—¿Acaso tenéis miedo de mi anciano caballero? Ser Barristan ha jurado guardar mis secretos. —Siguió subiendo, seguida por Xaro.

Pasaron junto a otra pareja de guardias y salieron a la terraza ajardinada desde la que se divisaba la ciudad. La luna llena flotaba en el cielo negro sobre Meereen.

—¿Damos un paseo? —sugirió.

Por debajo del aroma de las flores que se abrían durante la noche, un tenue olor a carne quemada persistía en el aire. Xaro no parecía darse cuenta. «Puede que las piedras preciosas que lleva en la nariz le hayan atrofiado el olfato.»

—Me habéis hablado de ayuda —dijo—. La mejor ayuda que puede proporcionarme Qarth es el comercio. Meereen tiene sal para vender, y también vino...

—¿Vino ghiscario? —Xaro hizo una mueca de desagrado—. El mar nos proporciona toda la sal que necesitamos en Qarth, pero aceptaré de buena gana todas las aceitunas que queráis venderme, y también aceite de oliva.

—No puedo ofreceros nada. —Durante siglos, los olivos habían crecido a lo largo de las playas de la bahía de los Esclavos, pero los meereenos les habían prendido fuego a medida que avanzaba el ejército de Dany, convirtiéndolo todo en un yermo ennegrecido—. Los esclavistas quemaron los árboles. Los estamos plantando de nuevo, pero tardan siete años en empezar a dar fruto, y treinta en ser productivos de verdad. ¿Queréis cobre?

—Es un metal hermoso, pero tan voluble como una mujer. En cambio, el oro... el oro es sincero. Qarth os pagará mucho oro a cambio de esclavos.

—Meereen es una ciudad libre de hombres libres.

—Es una ciudad pobre que antes era rica. Una ciudad hambrienta que antes estaba ahita. Una ciudad ensangrentada que antes era pacífica.

Las acusaciones la hirieron, porque contenían demasiada parte de verdad.

—Meereen volverá a ser rica, ahita y pacífica, y también libre. Si queréis esclavos, acudid a los dothrakis.

—Los dothrakis toman esclavos; los ghiscarios los entrenan. Para llegar a Qarth, los señores de los caballos tendrían que llevar a sus cautivos por todo el desierto rojo. Morirían cientos, tal vez miles, y sobre todo, muchos caballos, y es por eso por lo que ningún *khal* se arriesga. Luego hay otra cosa: Qarth no quiere ningún *khalasar* en las cercanías de sus murallas. Todos esos caballos, qué peste... No os ofendáis, *khaleesi*.

—El olor de los caballos es honorable. Más de lo que se puede decir de algunos grandes señores y príncipes mercaderes.

Xaro hizo caso omiso de la pulla. Sus modales eran demasiado exquisitos para que se apercibiera de insultos tan banales.

—Hablemos como amigos, Daenerys —dijo—. No conseguiréis que Meereen vuelva a ser rica, ahita y pacífica. Sólo la llevaréis hacia su destrucción, igual que sucedió en Astapor. ¿Sois consciente de que hubo una batalla en los Cuernos de Hazzat? El Rey Carnicero tuvo que huir de vuelta a su palacio, con sus nuevos Inmaculados pisándole los talones.

—Todo el mundo lo sabe. —Ben Plumm el Moreno le había hecho llegar la noticia con dos de sus Segundos Hijos—. Los Sabios Amos han comprado más mercenarios.

—Los Lanzas Largas, los Vientos y la Compañía del Gato —asintió Xaro—. Dos legiones procedentes del Nuevo Ghis lucharon junto a ellos. También se ha visto a enviados yunkios en Myr y en Volantis; querían contratar las espadas de la Compañía Dorada.

En cierta ocasión, su hermano Viserys había celebrado un banquete con los capitanes de la Compañía Dorada, con la esperanza de que apoyaran su causa. Aquellos hombres se comieron su comida, escucharon sus súplicas y se rieron de él. Por aquel entonces, Dany no era más que una niña, pero aun así lo recordaba.

—Estoy harta de guerras —dijo—. Quiero plantar mis olivos y ver cómo dan fruto. Pero si los yunkios me obligan a luchar, arrasaré su Ciudad Amarilla hasta los cimientos.

—Querida mía, mientras arrasáis Yunkai, Meereen se alzaría contra vos. No cerréis los ojos ante el peligro que os acecha, Daenerys. Los ghiscarios han conocido a otros conquistadores, y de todos se han librado. Estáis rodeada de enemigos; los

tenéis incluso en la corte.

«Tres traiciones conocerás.»

—También de amigos y capitanes leales. Y mis libertos me adoran.

—Son esclavos de cama, carniceros y albañiles —replicó Xaro al tiempo que hacía un gesto despectivo con la mano—. Con chusma así no se ganan batallas.

Dany sólo podía esperar que estuviera equivocado. Los libertos habían sido chusma, pero había organizado en compañías a todos los hombres en edad de luchar, y Gusano Gris los estaba entrenando como soldados.

«Que piense lo que quiera.»

—Aún me quedan los Inmaculados —dijo—. Y también mis mercenarios, los Segundos Hijos y los Cuervos de Tormenta.

—Yunkai también tiene mercenarios, y una flota para traerlos hasta el norte. Y cuenta con la flota de Meereen, tripulada por exiliados que de buena gana os desollarían. El Nuevo Ghis les ha enviado dos legiones más, y Tolos y Mantarys han accedido a establecer una alianza.

Si se podía dar crédito a aquellas noticias, eran pésimas. Daenerys había enviado misiones a Tolos y a Mantarys con la esperanza de crearse aliados hacia el oeste, para compensar la enemistad de Yunkai en el sur. Sus emisarios no habían vuelto.

—Es posible —dijo—, pero yo tengo dragones.

—¿De verdad? —Su voz era suave—. Sí.

«Perdóname, Hazzea.» Se preguntó hasta qué punto estaría informado Xaro, qué rumores le habrían llegado.

—Mi dulce reina no le mentiría a un viejo amigo, ¿verdad? —El mercader hizo un gesto—. En Qarth era raro veros sin un dragón en el hombro... pero ahora observo que vuestro hombro está tan hermoso y tan desnudo como vuestro precioso seno.

—Mis dragones han crecido —replicó Dany—; en cambio, mis hombros no. Ahora están lejos, cazando, pero su fuego arde más fiero que nunca. Preguntadles si no a los Bondadosos Amos de Astapor.

Xaro se acarició el ópalo de la nariz.

—Les preguntaría de buena gana, si no los hubierais quemado a todos.

—Yo no los quemé a todos. La mayoría murió bajo la espada de los hombres a los que había esclavizado. —«Pero sí quemé a algunos. Vi cómo a un esclavista se le derretían los ojos y le corrían por las mejillas»—. ¿Es necesario que hablemos de sangre y de fuego? —Lo cogió de un brazo—. Decidme la verdad, viejo amigo: si no es para comerciar, ¿para qué habéis venido a verme?

—Quería traerle un regalo a la reina de mi corazón.

—¿Un regalo? —«Es una trampa; ¿qué está tramando?»

—El regalo que me suplicasteis en Qarth. Barcos. En la bahía hay trece galeras. Son vuestras si las queréis. Os he traído una flota para que os lleve a vuestro hogar, a

Poniente.

Una flota. Era mucho más de lo que podía esperar; por supuesto, sintió desconfianza.

—¿Esas galeras son un regalo? —En Qarth, Xaro le había ofrecido treinta barcos, pero a cambio de uno de sus dragones—. ¿No queréis esclavos? ¿Ni dragones?

La respuesta fue una sonrisa débil.

—Mi ansia de poseer dragones ha desaparecido. Rumbo hacia aquí, mi *Nube Sedosa* hizo escala en Astapor. Esos barcos son vuestros, mi dulce reina. Trece galeras y sus correspondientes remeros.

Trece. Por supuesto. Xaro era uno de los Trece. Sin duda había convencido a sus compañeros para que cada uno cediera un barco. Conocía demasiado bien al príncipe mercader para creerlo capaz de sacrificar trece naves propias.

—¿Y qué regalo queréis de mí a cambio? —le espetó.

Xaro le hizo una reverencia burlona.

—Sólo una cosa: la promesa solemne de que partiréis hacia Poniente cuanto antes.

—¿Tantas ganas tiene Qarth de librarse de mí? —No le dejó tiempo para responder—. Tengo que meditarlo. ¿Puedo inspeccionar esas naves?

—Os habéis vuelto desconfiada, Daenerys.

«Desde luego.»

—Me he vuelto inteligente, Xaro.

—Inspeccionadlas a vuestro gusto. Una vez estéis satisfecha, juradme que volveréis a Poniente. Jurádmelo por vuestros dragones, por vuestro dios de siete rostros, por las cenizas de vuestros padres, y marchaos.

A Dany no le pasó desapercibido el hincapié que hizo en la última palabra.

—¿Y si prefiero esperar un año, o dos, o tres?

Una expresión de pesadumbre nubló el rostro de Xaro.

—Eso me entristecería mucho, delicia de mi corazón... porque, aunque ahora parecéis joven y fuerte, no viviréis tanto tiempo. No. Aquí no.

«Con una mano me ofrece la miel y con la otra me enseña el látigo.»

—Los yunkios no son tan temibles.

—No todos vuestros enemigos están en la Ciudad Amarilla. Tened cuidado con los hombres de corazón frío, buena memoria y labios azules.

—¿Labios azules? —Dany estaba más desconcertada que amedrentada—. ¿Los brujos? Los dejé a todos en Qarth.

—Sin volver la vista atrás... Pero a veces, mi dulce niña, conviene mirar para ver quién nos sigue. No hacía ni quince días que habíais abandonado Qarth cuando Pyat Pree partió con tres de sus compañeros para buscaros en Pentos; querían venganza.

Dany se echó a reír.

—Menos mal que me desvié, ¿no? Pentos está a medio mundo de Meereen.

—Cierto —tuvo que reconocer—, pero más tarde o más temprano les llegarán noticias de la reina dragón que se encuentra en la bahía de los Esclavos. Y entonces Pyat vendrá a buscaros.

—¿Qué pretendéis? ¿Qué tenga miedo? —Escudriñó el rostro de Xaro—. Viví con miedo catorce años, mi señor. Tenía miedo de los asesinos a sueldo del Usurpador, miedo de mi hermano, miedo de mi esposo, miedo de lo que me podría deparar cada nuevo día... pero todos mis miedos ardieron el día en que salí de la pira. Ahora sólo tengo miedo de una cosa.

—¿De qué, mi dulce reina?

—No soy más que una niña ignorante. —Dany se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Pero no tanto como para contestaros. Mis hombres examinarán esos barcos, y después os responderé.

—Como vos digáis. —Le rozó el pecho desnudo—. Permitid que me quede para intentar persuadiros —susurró.

Durante un momento se sintió tentada. «Podría cerrar los ojos e imaginarme que es mi sol y estrellas, o...» Resultaría igual de sencillo que meter a Daario en su cama, aunque en otros sentidos, igual de peligroso.

—No, mi señor. Os agradezco el cumplido, pero no. —Dany se liberó de su abrazo—. Tal vez otra noche.

—Tal vez otra noche.

Su boca aparentaba tristeza, pero en sus ojos se veía más alivio que decepción.

Cuando se hubo marchado, Dany se apoyó en el frío parapeto de ladrillo y contempló la ciudad. Un millar de tejados se extendían bajo ella. La luz de la luna los teñía de plata y marfil. En algún lugar, bajo aquellos tejados, los Hijos de la Arpía estarían reunidos, tramando planes para matarla y para volver a encadenar a sus hijos. Allí abajo, en algún lugar, un niño hambriento lloraba pidiendo leche. En algún lugar, una anciana agonizaba. En algún lugar, un hombre y una mujer se abrazaban, se desnudaban mutuamente con manos ansiosas. Pero allí arriba sólo se veía la luz de la luna sobre las pirámides y los reñideros, sin atisbo de lo que sucedía debajo. Allí arriba estaba ella sola.

Era de la sangre del dragón. Podía matar a los Hijos de la Arpía y a los hijos de los hijos, y a los hijos de los hijos de los hijos. Pero un dragón no podía alimentar a un niño hambriento ni calmar el dolor de la moribunda.

«¿Y quién se atrevería a amar a un dragón?»

—Ser Barristan —llamó.

El viejo caballero se presentó al instante.

—¿Alteza?

—En cierta ocasión, mi hermano me enseñó un acertijo ponienti. ¿Quién lo

escucha todo pero no oye nada?

—Un caballero de la Guardia Real. —Su voz era solemne.

—¿Habéis oído la oferta de Xaro?

—Sí, Alteza.

—¿Qué opináis? ¿Y de él?

—De él no tengo buena opinión. Pero de esos barcos... Son la respuesta a nuestras oraciones, Alteza.

«A las vuestras, tal vez.» Dany no pudo evitar fijarse en que el anciano caballero hacía todo lo posible por no mirarle el pecho desnudo mientras hablaba con ella. «Ser Jorah no habría apartado la vista. Me amaba como mujer; en cambio, Selmy sólo me ama como reina.» Mormont había sido un espía; informaba sobre ella a sus enemigos de Poniente, pero también le había dado buenos consejos. Carecía de la nobleza de Ser Barristan, aunque en cambio era directo y sensato. ¿Qué habría hecho él con los dragones?

—La marcha por tierra hasta las Ciudades Libres sería larga y ardua —estaba diciendo Ser Barristan—, y al llegar allí aún tendríamos que cruzar el mar Angosto. En cambio, con estas naves, si los vientos nos acompañan, podríamos estar en nuestro hogar antes de fin de año.

Dany nunca había tenido un hogar. En Braavos hubo una casa con la puerta roja, pero nada más.

—Temo a los qarthenses hasta cuando llegan con regalos, y sobre todo si son mercaderes de los Trece. Xaro no quiso darme barcos cuando se los pedí. ¿Por qué me los da ahora? Aquí hay gato encerrado. Puede que tengan la madera podrida, o...

—Si no estuvieran en buenas condiciones, no habrían podido llegar desde Qarth —señaló Ser Barristan—, pero Su Alteza ha sido muy inteligente al pedir que le permitan inspeccionarlos. Despertaré al almirante Groelo y lo enviaré con sus capitanes y sus mejores marineros a ver esas galeras en cuanto amanezca. Pueden revisarlas palmo a palmo, si os parece bien.

—Sí. —Era un buen consejo, tanto si aceptaba los barcos como si no—. Sí, adelante.

Se cubrió el pezón con la mano para evitarle más sofocos al anciano caballero. «Poniente. El hogar.» Pero si partía en aquellos barcos, ¿qué sería de su ciudad? «Nunca ha sido tu ciudad —le pareció oír a su hermano en un susurro—. Tu ciudad está al otro lado del mar. Tus siete reinos, donde te aguarda el trono que te corresponde por derecho. Donde te aguardan tus enemigos. Naciste para llevarles la sangre y el fuego.»

—Tengo que ir a la fosa —dijo de repente casi sin querer, con una voz tan tenue como un susurro infantil—. Tengo que verlos; si no, soñaré con ellos esta noche. Por favor, ser, llevadme abajo.

Una sombra de desaprobación cruzó el rostro del anciano, pero cuestionar las decisiones de la reina iba contra su naturaleza.

—Como ordenéis.

Las escaleras de servicio eran el camino más rápido para bajar; no eran imponentes, sino empinadas y estrechas, ocultas en las paredes. Ser Barristan cogió un farol para evitar que Dany cayera. Durante el descenso, ladrillos de veinte colores diferentes parecían cernirse sobre ellos, tornándose grises y luego negros a medida que quedaban fuera del alcance de la titubeante luz. En tres ocasiones pasaron junto a guardias Inmaculados, tan firmes e inmóviles que parecían esculpidos en piedra. No se oía más sonido que el roce suave de sus pies contra el suelo.

Cuando estaban a mitad de camino, Ser Barristan carraspeó para aclararse la garganta.

—Ese brujo del que hablaba el mercader...

—Pyat Pree. —Trató de recordar su rostro, pero sólo consiguió visualizar los labios. El vino de los brujos se los había vuelto azules. Lo llamaban color-del-ocaso—. No me asustan las hechicerías de ningún brujo. Si sus conjuros pudieran matarme, ya estaría muerta. Reduje a cenizas su palacio.

«*Drogon* me salvó cuando me iban a sorber la vida. *Drogon* los quemó a todos.»

Al nivel del suelo, la Gran Pirámide de Meereen era un lugar lóbrego, silencioso, lleno de polvo y sombras. Los muros exteriores tenían diez varas de grosor. En su interior, los sonidos retumbaban contra los arcos de ladrillos multicolores, entre los establos, las cuadras y las despensas.

Pasaron bajo tres arcos enormes, bajaron por una rampa iluminada con antorchas y se adentraron en las criptas situadas bajo la pirámide, cruzando cisternas, mazmorras y salas de torturas donde en otros tiempos azotaban, desollaban y quemaban con hierros candentes a los esclavos. Por último llegaron ante unas enormes puertas de hierro con las bisagras oxidadas, vigiladas por Inmaculados.

Dany le hizo un gesto a uno, que sacó una llave de hierro.

—Alteza —intervino Ser Barristan—, ¿creéis que es una actitud inteligente?

«No soy más que una niña —pensó—; ¿qué sé yo de la inteligencia?»

La puerta se abrió en medio del chirrido de las bisagras. Daenerys se adentró en el corazón ardiente de la oscuridad y se detuvo ante el reborde de una profunda fosa. Quince varas más abajo, los dragones alzaron la cabeza. Cuatro ojos ardían en las sombras, dos de oro fundido y dos de bronce.

Ser Barristan la cogió por el brazo.

—No os acerquéis más.

—¿Creéis que me harían daño?

—No lo sé, Alteza —replicó Selmy—, y preferiría no arriesgar vuestra persona para conocer la respuesta.

Rhaegal rugió, y durante un instante, la llamarada amarilla convirtió en día la oscuridad. El fuego lamió las paredes, y Dany sintió su calor en el rostro, como si acabara de abrir un horno. En otro lado de la fosa, *Viserion* desplegó las alas y agitó el aire rancio. Trató de volar hacia ella, pero las cadenas se tensaron cuando se elevó, y cayó de bruces. Unos eslabones grandes como puños le ataban las patas al suelo. La argolla de hierro que le ceñía el cuello estaba sujeta a la pared de la fosa. *Rhaegal* tenía unas cadenas iguales. A la luz del farol de Selmy, sus escamas brillaban como el jade. Le salía humo de entre los dientes. Ante él, en el suelo, había varios huesos rotos, chamuscados y astillados. El calor era incómodo; olía a azufre y a carne quemada.

—Están más grandes. —La voz de Dany resonó contra las paredes de piedra chamuscada y los ladrillos ennegrecidos. Sonaba aguda y temerosa; era la vocecita de una niña, no la de una reina, la de una conquistadora. Una gota de sudor le corrió por la frente y le cayó sobre el pecho—. ¿Es verdad que los dragones no dejan de crecer nunca?

—Si tienen comida y espacio suficientes, no —replicó Ser Barristan—. Pero encadenados aquí...

Los Grandes Amos habían utilizado aquella fosa como prisión. Era enorme; en ella cabían quinientos hombres... y sobraba espacio para dos dragones.

«Pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Qué pasará cuando sean demasiado grandes para este lugar? ¿Se volverán el uno contra el otro, se atacarán a llamaradas, a zarpazos? ¿Se debilitarán, se les marchitará la piel, se les encogerán las alas? ¿Se apagarán sus fuegos antes de que todo termine?»

¿Qué clase de madre dejaba que sus hijos se pudrieran en la oscuridad?

«Si miro atrás estoy perdida —se dijo Dany. Pero ¿cómo podía evitar mirar atrás?—. Tendría que haberlo visto venir. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? ¿Estaba ciega o cerré los ojos adrede para no tener que ver el precio del poder?»

Viserys le había contado todas las historias cuando era pequeña. Sabía cómo había caído Harrenhal. Sabía todo lo que se podía saber sobre el Campo de Fuego y la Danza de los Dragones. Uno de sus antepasados, el tercer Aegon, había visto cómo un dragón abrasaba a su propia madre. Y se cantaban infinitas canciones sobre pueblos y reinos que vivían atemorizados por los dragones hasta que un valeroso matadragones los rescataba. «Y yo misma vi las señales.» En Astapor, cuando se derritieron los ojos del esclavista, y otra vez en su tienda, en el camino desde Yunkai, cuando Daario había tirado a sus pies las cabezas de Sallor el Calvo y Prendahl na Ghezn, y sus hijos las habían devorado. Los dragones no temían a los hombres. Y un dragón suficientemente grande para comerse una oveja se comería a un niño con la misma facilidad.

La chiquilla se llamaba Hazzea. Tenía cuatro años. «A menos que su padre

mintiera; puede que mintiera.» Nadie había visto al dragón; sólo él. Traía unos huesos chamuscados como prueba, pero unos huesos chamuscados no demostraban nada. Tal vez él mismo había matado a la niña y luego la había quemado. Según el Cabeza Afeitada, no sería el primer padre que acababa con una hija no deseada. «O tal vez lo hicieron los Hijos de la Arpía, y luego fingieron que había sido cosa del dragón para que toda la ciudad me odiara.» Aquello era lo que habría querido creer Dany, pero, en tal caso, ¿por qué había esperado el padre de Hazzea a que la sala de audiencias estuviera casi desierta antes de adelantarse? Si su intención era azuzar a los meereenos contra ella, sólo tendría que haber narrado la historia mientras la estancia estaba abarrotada.

El Cabeza Afeitada había insistido en que lo ejecutara.

—Al menos cortadle la lengua. La mentira de este hombre puede acabar con todos nosotros, Magnificencia.

Sin embargo, Dany había optado por pagarle. Nadie supo decirle qué precio se le ponía a una hija, de modo que lo fijó en cien veces el valor de un cordero.

—Si pudiera, os devolvería a Hazzea —le dijo al padre—, pero hay cosas que ni tan siquiera una reina tiene en su mano. Os prometo que sus huesos reposarán en el Templo de las Gracias, y que un centenar de velas arderán día y noche para mantener vivo su recuerdo. Venid a verme todos los años en su día del nombre, y a vuestros otros hijos no les faltará nada, pero esta historia no debe volver a salir de vuestros labios.

—Me harán preguntas —fue la respuesta del padre doliente—. Todos querrán saber dónde está Hazzea y cómo murió.

—Murió por el mordisco de una serpiente —le dijo Reznak mo Reznak—. La devoró un lobo. Sufrió una enfermedad repentina. Contad lo que queráis, pero no se os ocurra hablar de dragones.

Las zarpas de *Viserion* rascaron las piedras; las enormes cadenas tintinearón cuando trató de volar hacia ella otra vez. Al sentir que no podía, lanzó un rugido, giró la cabeza hacia atrás tanto como pudo y escupió llamas doradas contra la pared que tenía a su espalda.

«¿Cuánto tiempo pasará antes de que su fuego sea tan ardiente como para agrietar la piedra y fundir el hierro?»

No hacía tanto tiempo que el dragón blanco se encaramaba a su hombro, con la cola enroscada en torno a su brazo. No hacía tanto que lo alimentaba con sus propias manos, que le daba bocaditos de carne carbonizada. Había sido el primero que encadenaron. Ella misma lo había guiado hasta la fosa, y lo encerró allí con varios bueyes. El dragón los devoró, y después del atracón se quedó somnoliento. Aprovecharon para encadenarlo mientras dormía.

Rhaegal les había dado más trabajo. Tal vez los dragones tuvieran el oído más

fino; tal vez oyera los rugidos rabiosos de su hermano en la fosa, pese a las paredes de ladrillo y piedra que los separaban. Al final tuvieron que atraparlo con una red de gruesos eslabones de hierro mientras tomaba el sol en la terraza. Se resistió de tal manera que tardaron tres días en bajarlo por la escalera de servicio; no paraba de retorcerse y lanzar dentelladas. Seis hombres habían sufrido quemaduras, dos de ellos de gravedad.

Y *Drogon*...

«La sombra alada», lo había llamado el padre de la niña. Era el más grande de los tres, el más fiero, el más salvaje, con escamas negras como la noche y ojos como simas de fuego.

Drogon cazaba lejos de allí, pero cuando se saciaba le gustaba tomar el sol en la parte superior de la Gran Pirámide, en el lugar donde en el pasado estuviera la arpía de Meereen. Por tres veces habían intentado apresarlos allí, y por tres veces habían fracasado. Cuarenta de sus hombres más valientes se habían jugado la vida tratando de capturarlo. Casi todos sufrieron quemaduras, y cuatro de ellos murieron. Había visto a *Drogon* por última vez al anochecer del día del tercer intento. El dragón negro se perdió hacia el norte, volando sobre el Skahazadhan, hacia las altas hierbas del mar dothraki. No había regresado.

«Madre de dragones —pensó Daenerys—, madre de monstruos. ¿Qué fuerza he desencadenado sobre el mundo? —Se sentía sola hasta la desesperación—. Puede que sea la reina, pero mi trono es un trono de huesos quemados que se alza sobre arenas movedizas.» Sin dragones, ¿qué esperanza tenía de defender Meereen, por no hablar de recuperar Poniente? «Soy de la sangre del dragón —pensó—. Si ellos son monstruos, yo también.»

Rhaegal rugió de nuevo. En aquella ocasión, *Viserion* se unió a él. Sus llamaradas ennegrecieron los ladrillos. La reina no parpadeó.

—Le dije a Xaro que sólo tenía miedo de una cosa.

—¿De los dragones? —inquirió Ser Barristan.

Dany se puso una mano sobre el pecho.

—De mí misma.

Tres

Estaba soñando con Daario cuando la despertaron.

—¿Qué pasa? —Se sobresaltó cuando Irri la sacudió suavemente por el hombro. En el exterior era noche cerrada. «Algo va mal», supo al instante—. ¿Se trata de Daario? ¿Qué ha pasado?.

En su sueño eran marido y mujer, gente sencilla que llevaba una vida sencilla en una casa de piedra con la puerta roja. En su sueño, él la besaba por todo el cuerpo, la boca, el cuello, los pechos...

—No, *khaleesi* —murmuró Irri—. Ha venido vuestro eunuco, Gusano Gris, con los hombres de cabeza afeitada. ¿Queréis recibirlos?

—Sí. —Tenía el pelo enmarañado y las ropas de dormir revueltas—. Ayúdame a vestirme. Y tráeme una copa de vino para despejarme la cabeza. —«Para ahogar mi sueño.» Le llegó el sonido de unos sollozos ahogados—. ¿Quién está llorando?

—Vuestra esclava Missandei —dijo Jhiqui—, que llevaba una vela en la mano.

—Mi sirvienta. Yo no tengo esclavos. —Dany seguía sin comprender—. ¿Por qué llora?

—Por el que era su hermano —le respondió Irri.

El resto lo supo por boca de Skahaz, Reznak y Gusano Gris cuando los hicieron pasar a su presencia. Antes de que dijeran una palabra, Dany sabía ya que traían malas noticias. Le bastó con ver la expresión del feo rostro del Cabeza Afeitada.

—¿Los Hijos de la Arpía?

Skahaz asintió. Tenía los labios fruncidos en una mueca.

—¿Cuántos muertos?

Reznak se retorció las manos.

—Nueve, Magnificencia. Ha sido un ataque sucio e infame. Qué noche más espantosa.

«Nueve.» La palabra se le clavó como un puñal en el corazón. Noche tras noche, la guerra contra las sombras se desencadenaba de nuevo al pie de las pirámides escalonadas de Meereen. Mañana tras mañana, el sol salía sobre nuevos cadáveres, con arpías pintadas en sangre en las paredes cercanas. Cualquier liberto demasiado próspero o demasiado locuaz podía ser el siguiente. «Pero nueve en una noche...» Aquello sí que la asustaba.

—Contádmelo todo —ordenó.

Fue Gusano Gris el que respondió.

—Tendieron una emboscada a vuestros siervos mientras patrullaban por el empedrado de Meereen para defender la paz de Su Alteza. Todos iban bien armados, con lanzas, escudos y espadas cortas. Iban de dos en dos, y de dos en dos murieron. Vuestros siervos Puño Negro y Cetherys fueron asesinados con saetas de ballesta en

el Laberinto de Mazdhan. A vuestros siervos Mossador y Duran los aplastaron a pedradas al pie del muro del río. Vuestros siervos Eladon Pelodorado y Lanza Leal fueron envenenados en una casa de vinos a la que solían ir por las noches tras terminar la ronda.

«Mossador.» Dany apretó los puños. Unos jinetes de las islas del Basilisco habían secuestrado a Missandei y a sus hermanos en Naath, para luego venderlos como esclavos en Astapor. Pese a su juventud, Missandei había demostrado tal don para los idiomas que los Bondadosos Amos la habían formado como escriba. Mossador y Marselen no habían tenido tanta suerte. Los castraron y los convirtieron en Inmaculados.

—¿Habéis capturado a alguno de los asesinos? —le preguntó a Gusano Gris.

—Vuestros siervos han detenido al dueño de la casa de vinos y a sus hijas. Juran que no sabían nada y suplican misericordia.

«Todos juran que no sabían nada y suplican misericordia», pensó Dany.

—Entregádselos al Cabeza Afeitada. Que no se comuniquen entre ellos. Skahaz, quiero que los interroguéis.

—Así se hará, Vuestra Adoración. ¿Cómo preferís que sea el interrogatorio? ¿Delicado o brusco?

—Delicado al principio. A ver qué cuentan y qué nombres mencionan. Puede que no tengan nada que ver con esto. —Titubeó un instante—. El noble Reznak dice que fueron nueve. ¿Quiénes más?

—Tres libertos, asesinados en sus casas —respondió el Cabeza Afeitada—. Un prestamista, un zapatero y la arpista Rylona Rhee. Antes de matarla le cortaron los dedos.

La reina dragón entrecerró los ojos. Rylona Rhee tocaba el arpa con tanta dulzura como la Doncella. Mientras era esclava en Yunkai tocaba para todas las familias nobles de la ciudad. En Meereen se había convertido en una de las líderes yunkias de los libertos; los representaba en las sesiones del consejo de Dany.

—¿No tenemos más prisioneros que ese vendedor de vino?

—Uno lamenta confesar que no. Os suplicamos vuestro perdón.

«Más misericordia —pensó Dany—. Tendrán la misericordia del dragón.»

—He cambiado de opinión, Skahaz. Que el interrogatorio sea brusco.

—Muy bien —asintió—. También puedo interrogar con brusquedad a las hijas mientras el padre mira. Si os parece bien, así les sacaremos unos cuantos nombres.

—Haced lo que podáis, pero quiero esos nombres. —Sentía la rabia como una hoguera en el vientre—. No permitiré que asesinen a más Inmaculados. Que vuestros hombres se retiren a los barracones, Gusano Gris. De hoy en adelante vigilaran mis muros, mis puertas y a mí, nada más.

—Uno os escucha. Uno os obedece.

—A partir de ahora, los encargados de mantener la paz en Meereen serán los meereenos —declaró—. Quiero que creéis un nuevo cuerpo de guardia, Skahaz, que se componga a partes iguales de vuestros *cabezas afeitadas* y mis libertos.

—Como ordenéis. ¿Con cuántos hombres?

—Tantos como sean necesarios.

Reznak mo Reznak contuvo una exclamación.

—Magnificencia —intervino—, ¿de dónde sacaremos dinero para pagar el salario de tantos hombres?

—De las pirámides —replicó Dany—. Lo llamaremos impuesto de sangre. A cada pirámide le cobraré cien piezas de oro por cada uno de los libertos asesinados por los Hijos de la Arpía.

—¿Cien? —gimió Reznak—. Es demasiado; tengo miedo de que...

—Que sean ellos los que tengan miedo. Han despertado al dragón. —Dany se levantó—. Marchaos, id a cumplir las órdenes. Tengo que llorar a mis muertos.

Al regresar a sus habitaciones de la parte superior de la pirámide se encontró con Missandei, que lloraba quedamente en su cama y hacía lo posible por disimular el sonido de los sollozos.

—Ven a dormir conmigo —le dijo a la pequeña escriba—. Aún faltan horas para el amanecer.

—Su Alteza es muy bondadosa con una. —Missandei se deslizó bajo las sábanas—. Era un buen hermano.

Dany abrazó a la niña.

—Háblame de él.

—Cuando éramos pequeños me enseñó a trepar a los árboles. Era capaz de atrapar peces con las manos. Un día lo encontré dormido en nuestro jardín; se le había posado encima un centenar de mariposas. Aquel día estaba tan hermoso... Una... es decir, yo lo quería mucho.

—Igual que él a ti. —Dany acarició el pelo de la niña—. Xaro me ha ofrecido una flota. Si las naves son seguras, nos marcharemos de este lugar odioso. Te llevaré a casa, te lo prometo. A Naath.

—Prefiero quedarme con vos. En Naath me pasaría la vida aterrada, pensando que podrían volver los esclavistas. Cuando estoy con vos me siento a salvo.

A salvo. Aquellas palabras hicieron que a Dany se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Quiero mantenerte a salvo, de verdad, pero... —Missandei no era más que una niña. A su lado se sentía con derecho a ser ella una niña también—. A mí nadie me mantuvo a salvo cuando era pequeña. Bueno, sí, Ser Willem, pero luego murió, y Viserys... Quiero protegerte, pero... Qué difícil es. Qué difícil es ser fuerte. No siempre sé qué debo hacer. Pero tengo que saberlo. Soy lo único que tienen. Soy la

reina, la... la...

—La madre —susurró Missandei.

—La Madre de Dragones. —Dany se estremeció.

—No. La madre de todos nosotros. —Missandei se abrazó a ella con más fuerza—. Su Alteza debería dormir. Pronto llegará el amanecer, y se reunirá la corte.

—Las dos tenemos que dormir; soñaremos con días más hermosos. Cierra los ojos.

Missandei obedeció. Dany le dio un beso en los párpados y la hizo reír.

Por desgracia era más fácil besar que dormir. Dany cerró los ojos y trató de pensar en su hogar, en Rocadragón, en Desembarco del Rey, en todos los lugares de los que le había hablado Viserys, en una tierra más generosa que aquella... Pero sus pensamientos, como barcos zarandeados por un mal viento, volvían sin cesar a la bahía de los Esclavos. Cuando Missandei se quedó dormida, Dany se liberó de su abrazo y salió al aire fresco que precedía al amanecer.

«Un baño me tranquilizará», se dijo mientras se encaminaba descalza por la hierba hacia el estanque de la terraza.

Sintió el agua fresca contra la piel. Al principio le puso la carne de gallina, pero a los pocos instantes empezó a parecerle más tibia. Dany flotó con los ojos cerrados mientras los pececillos le mordisqueaban los brazos y las piernas.

«Si fuera un pez, podría ir nadando hasta Poniente —pensó—. No necesitaría a Xaro, ni sus barcos.» Se preguntó cuántos hombres podrían viajar en trece galeras. Para ir de Qarth a Astapor sólo había necesitado tres, pero aquello había sido antes de procurarse ocho mil Inmaculados, un millar de mercenarios con sus caballos y decenas de miles de libertos. «¿Y qué voy a hacer con los dragones?» Siempre tenía presentes a sus dragones, y también a Hazzea, la niña a la que no había llegado a conocer.

—*Dragon* —dijo en un susurro quedo—, ¿dónde estás?

Durante un momento casi le pareció verlo surcar el cielo, ocultando las estrellas con sus alas negras.

Un susurro suave le hizo abrir los ojos. Se incorporó en el agua.

—¿Missandei? —llamó—. ¿Irri? ¿Jhiqui?

—Duermen —fue la respuesta que le llegó.

Había una mujer junto al caqui; llevaba una túnica con capucha. El borde de la prenda llegaba hasta la hierba. El rostro que se divisaba bajo la capucha era duro y brillante. «Lleva una máscara —supo Dany al instante—, una máscara lacada de color rojo oscuro.»

—¿Quaithe? ¿Estoy soñando? ¿Me he quedado dormida? —Se pellizcó una oreja, e hizo una mueca de dolor—. Soñé con vos en la *Balerion* cuando vine a Astapor.

—No soñabais. Ni entonces ni ahora.

—¿Qué hacéis aquí?

—Vos me habéis llamado.

—No es verdad. ¿Cómo habéis pasado ante mis guardias?

—He venido por otro camino. Los guardias no me han visto.

—Si los llamo, os matarán.

—Os jurarán que no estoy aquí.

—¿Estáis aquí?

—No. Escuchadme bien, Daenerys Targaryen. Las velas de cristal están ardiendo. Pronto llega la yegua clara. Los otros vendrán tras ella. Cuervo y kraken, león y grifo, el hijo del sol y el titiritero del dragón. Recordad a los Eternos. Tened cuidado con el senescal perfumado.

—¿Con Reznak? ¿Por qué voy a tenerle miedo? —Dany salió del estanque. El agua le corrió por las piernas; el aire fresco de la noche le erizó el vello de los brazos—. Si queréis advertirme de algo, hablad sin rodeos. ¿Qué queréis de mí, Quaithe?

La luz de la luna brillaba en los ojos de la mujer.

—Quiero mostraros el camino.

—Ya conozco el camino. Para ir al norte, id al sur; para ir al este, id al oeste; atrás para ir adelante. Y para tocar la luz tengo que pasar por debajo de la sombra. —Se escurrió el agua de la melena plateada—. Estoy harta de acertijos. En Qarth era una mendiga, pero aquí soy la reina. Os ordeno que...

—Daenerys. Recordad a los Eternos. Recordad quién sois.

—La sangre del dragón. —«Pero mis dragones rugen ahora en la oscuridad»—. Recuerdo a los Eternos. Me llamaron «hija de tres». Tres monturas me prometieron, tres fuegos y tres traiciones. Una por sangre, otra por oro y otra por...

—¿Alteza? —Missandei estaba ante la puerta del dormitorio de la Reina, con un farolillo en la mano—. ¿Con quién habláis?

Dany volvió la vista hacia el caquí. Allí no había nadie. Ni rastro de la túnica, de la máscara lacada, de Quaithe.

«Con una sombra. Con un recuerdo. Con nadie.» Era de la sangre del dragón, pero Ser Barristan le había advertido que aquella sangre llevaba una lacra. «¿Me estoy volviendo loca?» A su padre lo habían llamado loco también.

—Estaba rezando —le dijo a la chiquilla naathi.

—Pronto será de día. Más vale que comáis algo antes de la audiencia. Os traeré el desayuno.

Cuando volvió a quedarse a solas, Dany rodeó toda la pirámide con la esperanza de dar con Quaithe, tal vez tras los árboles quemados y la tierra ennegrecida del lugar donde habían tratado de capturar a *Drogon*. Pero sólo se oía el viento entre los frutales, y en los jardines no había más criaturas que unas cuantas polillas blancuzcas.

Missandei regresó con un melón y un cuenco de huevos duros, pero Dany Se

sentía inapetente. A medida que el cielo se iluminaba y las estrellas iban desapareciendo una tras otra, Irri y Jhiqui la ayudaron a ponerse un *tokar* de seda violeta con flecos de oro.

—Xaro Xhoan Daxos me ha ofrecido trece galeras —les contó.

—El trece es mal número, *khaleesi* —musitó Jhiqui en el idioma dothraki—. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Irri.

—El treinta me gustaría más —asintió Daenerys—. Y el trescientos, más todavía. Pero con trece podemos llegar a Poniente.

Las dos muchachas dothrakis intercambiaron miradas.

—El agua venenosa está maldita, *khaleesi* —dijo Irri—. Los caballos no la pueden beber.

—Lo sabe todo el mundo —asintió Jhiqui.

—No tenéis por qué venir conmigo —les respondió Dany—. Sois mis sirvientas, no mis esclavas. Por eso mismo sois libres de ir adonde queráis.

Cuando volvieron Reznak y Skahaz no pudo evitar mirarlos de soslayo, con el recuerdo de las tres traiciones. «Tened cuidado con el senescal perfumado.» Olfateó a Reznak mo Reznak con cautela. Nunca había llegado a confiar en él pese a todas sus promesas de lealtad.

«Podría ordenarle al Cabeza Afeitada que lo arrestara y lo interrogara.» ¿Se anticiparía a la profecía si lo mataba antes de que tuviera ocasión de traicionarla? ¿O aparecería otro traidor que ocuparía su lugar? «Las profecías son engañosas —se recordó—, y puede que Reznak sea lo que parece ser, nada más.»

Cuando llegó a la sala violeta, Dany se encontró un montón de cojines de seda sobre el banco de ébano. Aquello le dibujó una sonrisa triste en los labios. «Es cosa de Ser Barristan», supo al instante. El anciano caballero era un buen hombre, pero demasiado literal en ocasiones. «Sólo era una broma, ser», pensó, pero se sentó en los cojines.

Aquella mañana había menos demandantes. Por lo menos, algo de lo que alegrarse. Lord Graef, como siempre, fue el primero en intervenir. El enviado astapori parecía aún más desdichado que de costumbre cuando le hizo la reverencia.

—Esplendor —dijo—, os traigo muy malas noticias. Los ejércitos de los yunkios han caído sobre Astapor. En estos momentos asedian nuestra hermosa ciudad libre. Cleon el Grande ha conseguido a duras penas haceros llegar este mensaje. ¡Tenéis que ayudarnos! ¡Os lo suplico, acudid al sur con todos vuestros ejércitos!

—Mis ejércitos hacen falta aquí. Ya le advertí a vuestro rey que esa guerra era una locura; está cosechando lo que sembró.

—Lo único que quería Cleon el Grande era terminar la obra que inició Su Magnificencia, y acabar con los malvados esclavistas de Yunkai —replicó Ghael

entre los dientes cariados—. Sé que la Madre de Dragones no nos abandonará cuando más la necesitamos. Si no podéis acudir en persona, prestadnos a vuestros Inmaculados para que defendamos las murallas de la ciudad.

«Sin los Inmaculados no podré seguir dominando Meereen», pensó Dany, aunque no se atrevió a reconocerlo ante los presentes.

—Hemos entrenado a tres compañías de libertos. Algunos de ellos eran esclavos en Astapor. Tal vez podamos enviar una en auxilio del rey Cleon. Tendré que pensarlo, y tendré que consultar con el consejo y con mis comandantes.

—¡No hay tiempo! Tenéis que acudir ya, con vuestros dragones.

«¿Ir con mis dragones para salvar esa ciudad? Lo más probable sería que la redujeran a cenizas.»

—Eso es imposible.

—Entonces, estamos condenados. —Ghael se puso en pie; tenía los ojos extraviados—. Nos disteis la muerte, no la libertad.

Y le escupió a la cara.

Belwas el Fuerte lo agarró por los hombros y lo estampó contra el suelo de mármol con tal fuerza que Dany oyó cómo se le rompían los dientes. Skahaz habría llegado mucho más lejos, pero ella lo contuvo.

—Basta —dijo al tiempo que se limpiaba la mejilla con una punta del *tokar*—. La saliva nunca ha matado a nadie. Lléváoslo.

Lo sacaron a rastras por los pies, dejando a su paso una estela de sangre y dientes rotos. Dany contempló la escena con el corazón entumecido.

«Yo los liberé. Rompí sus cadenas y les di consejeros para que los gobernaran, un sanador, un sabio y un sacerdote.»

De buena gana se habría librado del resto de los demandantes, pero no podía. «Soy su reina. Acuden a mí para pedir justicia.» De modo que siguió en su trono de ébano, aunque tuvo que contenerse para no bostezar mientras Reznak mo Reznak parloteaba ante ella acerca de los gremios de artesanos.

Por lo visto, los constructores estaban enfadados con ella, y también los albañiles. Algunos antiguos esclavos estaban tallando piedras y colocando ladrillos, les quitaban el trabajo a los obreros y a los maestros del gremio.

—Los libertos trabajan por muy poco, Magnificencia —dijo Reznak—. Algunos dicen ser oficiales, o hasta maestros, y por derecho, esos títulos les corresponden a los artesanos de los gremios. Suplican a Vuestra Magnificencia con todo respeto que defienda sus derechos y costumbres, que les vienen de antiguo.

Dany frunció el ceño.

—Los libertos trabajan a precios bajos porque tienen hambre —señaló—. Si les prohibo tallar piedras o poner ladrillos, lo siguiente será que los cereros, los tejedores y los orfebres llamarán a mi puerta para pedirme que impida que los antiguos

esclavos practiquen esos oficios. —Se paró un momento a pensar—. Establezcamos que, de ahora en adelante, sólo los miembros del gremio puedan decir que son oficiales o maestros... siempre que los gremios se abran a cualquier liberto que demuestre poseer los conocimientos necesarios.

—Así será proclamado. —Reznak recorrió la estancia con la mirada—. ¿Querrá Su Adoración escuchar de nuevo la petición del noble Hizdahr zo Loraq?

«¿Es que no se va a dar por vencido nunca?»

—Que se adelante.

Aquel día, Hizdahr no vestía su *tokar*, sino que llevaba una túnica gris y azul más sencilla. También se había rasurado. «Se ha afeitado la barba y se ha cortado el pelo», advirtió Dany. No se había afeitado la cabeza, al menos del todo, pero por lo menos había prescindido de aquellas alas absurdas.

—Vuestro barbero ha hecho un buen trabajo, Hizdahr —señaló—. Espero que hayáis venido a mostrármelo, y no a incordiarne más acerca de los reñideros.

El hombre hizo una marcada reverencia.

—Mucho me temo que no tengo más remedio, Alteza.

—Seis veces ya me he negado a vuestra petición.

—Su esplendor tiene siete dioses, de manera que tal vez mirará con buenos ojos mi séptima súplica. Y hoy no vengo solo. ¿Querréis escuchar a mis amigos? Ellos también son siete. —Se los fue presentando de uno en uno—. Este es Khrazz. Esta es Barsena Pelonegro, la valerosa. Estos son Camarron del Condado y Goghor el Gigante. Este es el Gato Moteado y este Ithoke el Temerario. Y por último, Belaquo Rompehuesos. Han venido para sumar sus voces a la mía y pedirle a Su Alteza que vuelva a abrir nuestras arenas de combate.

Dany conocía de nombre, aunque no de vista, a sus siete acompañantes. Antes de que cerrara los reñideros eran algunos de los esclavos de combate más famosos de Meereen. No podía rechazarlos sin antes oír lo que quisieran decirle. «Una reina debe escuchar a su pueblo.» Los esclavos de combate, después de que sus ratas de cloaca los liberaran de las cadenas, fueron los que encabezaron el alzamiento que la hizo señora de la ciudad. Tenía una deuda de sangre con ellos.

—Os escucharé —concedió.

Uno tras otro le suplicaron que volviera a abrir las arenas de combate.

—¿Por qué? —quiso saber cuanto Ithoke terminó de hablar—. Ya no sois esclavos; ya no tenéis que morir por el capricho de un amo. Os he liberado. ¿Por qué queréis que vuestra vida termine en las arenas rojas?

—Entreno desde tres años —dijo Goghor el Gigante—. Mato desde seis años. Madre de Dragones dice yo libre. ¿Por qué no libre para luchar?

—Si lo que queréis es luchar, luchad por mí —replicó Dany—. Juradles lealtad a los Hombres de la Madre, o a los Hermanos Libres, o a los Escudos Fornidos.

Enseñad a luchar a mis otros libertos.

Goghor sacudió la cabeza.

—Antes yo lucho por amo. Vos decís lucha por mí. Yo digo lucho por mí. —El hombretón se golpeó el pecho con un puño del tamaño de un jamón—. Por oro. Por gloria.

—Todos pensamos lo mismo que Goghor —dijo el Gato Moteado, que llevaba una piel de leopardo sobre los hombros—. La última vez que me vendieron, mi precio fue de trescientos mil honores. Cuando era esclavo dormía sobre pieles y comía carne. Ahora que soy libre duermo en un lecho de paja y, si tengo suerte, como pescado en salazón.

—Hizdahr jura que los vencedores tendrán derecho a la mitad del dinero de las entradas —intervino Khrazz—. La mitad, lo ha jurado, y Hizdahr es un hombre honrado.

«No —pensó Daenerys—, es un hombre astuto.» Se sentía atrapada.

—¿Y los perdedores? ¿Qué recibirán los que pierdan?

—Sus nombres quedarán grabados en las Puertas del Destino junto con los de todos los valientes caídos —declaró Barsena. Se decía que durante ocho años había matado a todas las mujeres con las que la enfrentaron—. A todo hombre y a toda mujer le llega la muerte... pero no todos serán recordados.

«A mí sí me recordarán —pensó Dany—. La Madre de Dragones, que trajo sobre ellos la guerra y la miseria.» Si de verdad era lo que su pueblo deseaba, si era lo que deseaban las propias víctimas de los reñideros, ¿qué derecho tenía a negarse? «Es su ciudad —se recordó—. Si las naves de Xaro son seguras, yo no tardaré en abandonarlos.»

—Meditaré sobre lo que me habéis dicho —respondió—. Os agradezco vuestros consejos. —Se levantó—. Estoy cansada. Continuaremos mañana por la mañana.

—¡Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, *khaleesi* del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones! —declamó Missandei.

—Avisad a todos mis capitanes y comandantes —le dijo Dany a Reznak antes de volver a sus habitaciones—. Quiero que se reúnan conmigo en la armería dentro de una hora.

—¿Ser Barristan también?

Selmy había ido con Groleo a la bahía de los Esclavos para supervisar la inspección de los barcos que le había ofrecido Xaro Xhoan Daxos.

—No —admitió—, pero que no falte nadie más.

Se reunió con sus hombres en torno a la larga mesa de la armería, entre hileras de lanzas, gavillas de flechas y paredes de las que pendían trofeos de batallas olvidadas muchos años atrás. Allí estaban Skahaz el Cabeza Afeitada; Gusano Gris y sus

lugartenientes Caliendo y Héroe; Moragy, de los Hombres de la Reina; Mollono Yos Dob, de los Escudos Fornidos, y Simón Espalda Lacerada, de los Hermanos Libres. Un anciano *jaqqa rhan* llamado Rommo, de ojos apagados y piernas torcidas, representaba a sus dothrakis.

Dany ocupó su lugar en la silla alta de la cabeza de la mesa, entre dos lanzas cruzadas y un látigo enrollado. Reznak mo Reznak se quedó de pie a su lado, y Belwas el Fuerte se situó detrás. Faltaban Ben Plumm el Moreno, sus tres valerosos jinetes de sangre, Barristan Selmy y Daario.

«Es inevitable. La guerra no espera.»

—Los yunkios han invadido Astapor —anunció—. El rey Cleon nos ha pedido ayuda.

—¿Es vuestro deseo salvar al Rey Carnicero? —preguntó Symon Espalda Lacerada, que tenía los hombros y la espalda surcados de cicatrices de los latigazos que había recibido cuando era esclavo en Astapor.

«No —pensó Dany—. Les di un consejo para que los gobernara. Un sanador, un sabio y un sacerdote.»

—Si podemos, sí —respondió—. Si Astapor cayera, nada impediría a los yunkios volverse hacia el norte contra Meereen.

Se acomodó en la silla y escuchó.

Aún seguía escuchando cuando la mañana dejó paso a la tarde y las sombras de las lanzas empezaron a reptar por el suelo de ladrillos multicolores.

Reznak se oponía a enviar ningún tipo de ayuda; temía que se debilitara su posición en Meereen. La propuesta de Moragy era atacar la propia Yunkai mientras sus guerreros estaban ocupados en Astapor; la Ciudad Amarilla estaba más cerca que la Roja, tal como señaló, y habría quedado casi desprotegida. Symon Espalda Lacerada decía que podía romper el asedio con sus Hermanos Libres si le proporcionaban caballería que luchara a su lado y les diera escolta: Ben el Moreno y los Segundos Hijos, o quizá Daario y sus Cuervos de Tormenta. Moragy no tenía tanta confianza en sus Hombres de la Madre. Decía que no cederían terreno en un frente de combate, pero sin el refuerzo de los Inmaculados carecían de la experiencia necesaria para enfrentarse solos a los curtidos mercenarios yunkios. Gusano Gris se limitó a señalar que, se decidiera lo que se decidiera, los Inmaculados obedecerían.

Mientras los capitanes discutían sin cesar, Dany descubrió que habría dado cualquier cosa por que Ser Jorah Mormont no la hubiera obligado a exiliarlo. «El sabría qué hacer —pensó—. Enviaba informes sobre mí, pero mi oso gruñón también me daba buenos consejos.» Pensar en él y en cómo la había traicionado la entristecía.

—Hay una manera segura de poner fin al asedio —dijo Mollono Yos Dob—. El rechoncho comandante de los Escudos Fornidos tenía más aspecto de escriba que de soldado; tenía las manos manchadas de tinta y la barriga redonda, pero pocos

hombres había tan astutos como él—. Cuando era esclavo en Yunkai ayudaba a mi noble amo a negociar con las diferentes compañías, me encargaba de pagarles la soldada. Conozco a esos mercenarios, y sé que los Sabios Amos no les pagan lo suficiente para que se enfrenten a dragones.

Dany frunció el ceño. Sabía que más tarde o más temprano se tocaría aquel tema.

—Mis dragones son demasiado jóvenes. Ninguno tiene tamaño suficiente para cargar con el peso de un hombre en una batalla.

No quería hablar de Hazzea, ni de la fosa de los calabozos, ni de *Drogon*, que volaba salvaje más allá del río.

—Sólo con verlos bastaría para que nuestros enemigos se replantearan sus alianzas —señaló Mollono Yos Dob—. Si Su Alteza cabalgara hacia Astapor seguida por los dragones...

«¿Me seguirían? —se preguntó Daenerys—. ¿O quemarían mi ciudad hasta los cimientos en cuanto los desencadenara?» Los dioses les gastaban bromas crueles a los hombres. Si no, ¿por qué la Madre de Dragones, la Rompedora de Cadenas, tenía que encadenar a sus hijos para protegerse?

Estaba tratando de inventar alguna mentira verosímil que convenciera a Mollono cuando Ser Barristan y el almirante Groelo entraron en la armería. El rostro del anciano caballero estaba tan serio como de costumbre; no así el del marino.

Groleo había sido el hombre más desdichado del mundo desde que Dany hiciera pedazos su amada coca para construir las máquinas de asedio con las que tomaron Meereen. Ella había tratado de consolarlo nombrándolo Lord Almirante, pero ambos eran conscientes de que era un honor sin sentido; la flota meereena había zarpado hacia Yunkai cuando el ejército de Dany se aproximaba a la ciudad, de manera que el viejo pentoshi era un almirante sin naves. Pero en aquel momento, bajo la barba quemada por el salitre, sonreía con una sonrisa que la reina no le había visto nunca.

—¿Los barcos son seguros? —preguntó esperanzada.

—Razonablemente seguros, Alteza. Son viejos, es evidente, pero en su mayor parte están bien conservados. El casco de la *Princesa Sangrepura* está carcomido. Preferiría que no perdiera de vista la tierra. La *Narraqqa* necesita timón y aparejos nuevos, y los remos de la *Lagarto Rayado* están muy gastados, pero se pueden aprovechar. Los remeros son esclavos encadenados a los bancos, pero si los liberamos y les ofrecemos un salario decente se quedarán con nosotros, no me cabe duda. Lo único que saben hacer es remar. Y si alguno prefiere marcharse, siempre podemos sustituirlo por otro hombre de mi tripulación. —La sonrisa se hizo aún más amplia—. Yo digo que aceptemos los barcos. Yo digo que volvamos al hogar.

«Al hogar», pensó Dany. Podría marcharse de Meereen, olvidarse de los Hijos de la Arpía, de Astapor, de los yunkios. «Navegar rumbo al hogar, sin volver la vista atrás.» Había tomado Meereen, pero su lugar no se encontraba allí. Para los

ghiscarios, ella sería siempre la bárbara sin civilizar que había derribado sus puertas, empalado a sus padres y robado sus riquezas.

«En Poniente sería la hija extraviada que vuelve para alegrar el corazón de su padre. Mi pueblo me aclamaría cuando pasara a caballo; todos los hombres de buen corazón me amarían.»

Reznak mo Reznak dejó escapar un gemido.

—Entonces era verdad. Tenéis intención de abandonarnos. —Se retorció las manos—. En cuanto os marchéis, los yunkios restauraran el poder de los Grandes Amos; pasarán por la espada a todos los que os hemos servido con lealtad; violarán y esclavizarán a nuestras hermosas mujeres, a nuestras hijas doncellas.

—A las mías no —gruñó Skahaz Cabeza Afeitada—. Antes las mataré con mis propias manos. —Se palmeó el puño de la espada.

Dany se sintió como si el golpe se lo hubiera dado a ella en la cara.

—Si teméis lo que pueda sucederos, venid conmigo a Poniente.

—¿Cómo? —preguntó Simón Espalda Lacerada—. Con trece barcos no hay ni para empezar. No bastaría ni con un centenar.

—Los caballos de madera son malos —protestó Rommo, el viejo *jaqqa rhan*—. Los dothrakis cabalgarán.

—Unos pueden ir caminando a lo largo de la orilla —propuso Gusano Gris—. Las naves tendrían que seguir nuestro ritmo y reabastecer a la columna.

—Con eso sólo podríais llegar hasta las ruinas de Bhorash —dijo el Cabeza Afeitada—. Más allá, los barcos tendrían que desviarse hacia el sur por Tolos y la Isla de Cedros y rodear Valyria, mientras que la tropa continuaría hasta Mantarys por el antiguo camino del dragón. Ambas rutas son espantosas. Muchos morirían.

—Muchísimos —asintió Mollono con voz triste—. Los hombres de Mantarys son hechiceros y caníbales.

—Los que quedaran en Meereen les envidiarían una muerte tan sencilla —gimió Reznak—. A nosotros nos harán esclavos o nos echarán a las arenas. Todo será como antes o peor.

«Que es lo que Qarth desea», pensó Dany.

—¿Acaso no tenéis valor? —les espetó Barristan—. Su Alteza os liberó de las cadenas. Ahora os toca a vosotros afilar las espadas y defender vuestra libertad cuando se marche.

—Valientes palabras, sobre todo viniendo de alguien que tiene intención de embarcar hacia el ocaso —le replicó Simón Espalda Lacerada—. ¿Queréis que luchemos? Dejadnos a los Inmaculados. Dejadnos a los mercenarios.

—Al cuerno con los mercenarios —insistió Mollono—. Dejadnos a los dragones.

—¡Basta! —exclamó Daenerys. Su voz sonó brusca.

—Alteza...

—Magnificencia...

—Adoración...

—¡He dicho que basta! —Dany golpeó la mesa con la mano. Los sueños del hogar, del amor, la habían cegado. «Sueños de niña. Yo soy de la sangre del dragón.» No abandonaría Meereen para que sufriera el mismo destino que Astapor. En su ciudad también había carniceros—. Por mucho que lo desee, no puedo aceptar esa flota. Poniente tendrá que esperar.

Ser Barristan hincó una rodilla en tierra ante ella.

—Os lo suplico, mi reina, no rechacéis este regalo. Poniente os necesita. Los hombres acudirán a miles en cuanto vean vuestro estandarte; os seguirán los grandes señores, los nobles caballeros. «¡Ha venido!», se gritarán unos a otros con alegría. «¡La hermana del príncipe Rhaegar ha vuelto a casa por fin!»

—La hermana del príncipe Rhaegar. —Al decirlo, Dany no pudo contener una sonrisa—. Si tanto me aman, me esperarán. No os desaniméis. Los Siete Reinos seguirán en su sitio cuando estemos preparados.

Groelo estaba consternado.

—Pero tenemos que aceptar esos barcos, Magnificencia. Son... son un regalo de los dioses...

—Son un regalo de Xaro Xhoan Daxos. Que, por cierto, no es mi dios. —«Y tampoco es mi amigo.» Se puso en pie al tiempo que se sujetaba el *tokar*—. Haced venir a Xaro, Reznak. Le prometí una respuesta.

Recibió al príncipe mercader a solas en la sala de las columnas, sentada en su banco de ébano. Llegó acompañado de cuatro marineros qarthenses que transportaban sobre los hombros un tapiz enrollado.

—Traigo otro regalo para la reina de mi corazón —anunció Xaro con tono alegre al entrar—. Lleva en las criptas de mi familiadesde que la Maldición cayó sobre Valyria.

Los marineros depositaron el tapiz en el suelo y lo desenrollaron. Era viejo, polvoriento, descolorido... y gigantesco. Dany tuvo que ponerse al lado de Xaro para interpretar el dibujo.

—¿Un mapa? Es muy hermoso.

El tapiz cubría la mitad del suelo. Se preguntó dónde habría una pared tan grande como para poder colgarlo. Los mares eran azules; las tierras, verdes, y las montañas, negras y marrones. Las ciudades aparecían representadas en forma de estrellas tejidas con hilo de oro o plata. Qarth estaba en el centro del mapa, equidistante entre Valyria y Asshai.

«No está el mar Humeante —advirtió—. Valyria no era todavía una isla.»

Xaro le rodeó los hombros con un brazo.

—Ahí podéis ver Astapor, Yunkai y Meereen. —Señaló tres estrellas de plata

situadas junto al azul de la bahía de los Esclavos—. Poniente está... por ahí abajo. — Hizo un gesto vago con la mano en dirección al fondo de la estancia—. Observad cómo os desviaron los vientos. Girasteis hacia el norte cuando deberíais haber seguido hacia el sur y el oeste para cruzar el mar del Verano.

«Y para salir de vuestro mundo, ¿no, mi señor?»

—Ya veo.

—No tiene importancia —dijo Xaro, magnánimo—. Gracias a los barcos que os he regalado no tardaréis en volver al lugar de donde salisteis. Aceptadlos con el corazón lleno de gozo y poned rumbo hacia el oeste.

«Ojalá pudiera.»